

DIARIO HISTORICO

DE LA REVOLUCION DE LA PARTE DEL ESTE DE SANTO DOMINGO

COMENZADA EL 10 DE AGOSTO DE 1808, CON NOTAS ESTADISTICAS
SOBRE ESTA PARTE.

por
GILBERT GUILLERMIN

Jefe de Escuadrón, agregado al Estado Mayor del Ejército de Santo Domingo.

Impunitas peccandi illecebra — Phed.

Traducida por el Lic. C. Armando Rodríguez, por encargo de la Academia Dominicana de la Historia.

(Continuación)

"He aquí esta Quinta proposición:

"La impiedad declarada y aún la persecución no exime a los súbditos de la obediencia que deben a los Príncipes.

"El autor comienza con estas palabras:

"El carácter real es santo y sagrado en los príncipes infieles y hemos visto que Ciro es llamado por Isaías: el ungido del Señor.

"Nabucodonosor era impío y orgulloso, hasta querer igualarse a Dios; hasta hacer morir a aquellos que le rehusaran un culto sacrilego; y sin embargo, Daniel le dijo estas palabras: Vos sois el rey de los reyes y el Dios del cielo os ha dado el reino y la potencia; el Imperio y la gloria. Por eso es por lo que el pueblo de Dios rogaba por la vida de Nabucodonosor, de Baltasar y de Asuero. Acab y Jezabel habian hecho morir a todos los Profetas del Señor; Heli se quejó a Dios pero continuó siempre obedeciendo. Los profetas, durante ese tiempo hacen prodigios admirables para defender al rey y al reino; Eliseo hizo lo mismo en tiempos de Joran, hijo de Acab, tan impío como su padre. Nada ha igualado jamás la impiedad de Manasés, quien pecó e hizo pecar a Juda contra Dios; trató de abolir el culto persiguiendo a los fieles servidores de Dios y haciendo rebosar de sangre a Jerusalem. Y sin embargo Isaías y los Santos Profetas, que le censuraban esos crímenes, jamás excitaron contra él el menor tumulto".

"Esta doctrina se ha continuado en la religión cristiana. En tiempos de Tiberio, que era no solamente infiel sino malvado, nuestro Señor dijo a los judíos: "Dad a César lo que es de César". San Pablo apela a César y reconoce su poder; hace rogar por los emperadores, aunque el emperador que reinaba en tiempos de esta Ordenanza fué Nerón, el más impío y el más malvado de todos los hombres. Y da por motivo de este ruego, la tranquilidad pública, porque ella pide que

se viva en paz, aún bajo los Príncipes malvados y perseguidores; San Pedro y él recomiendan a los fieles sometese a las Potencias; y nosotros hemos visto cuales eran las Potencias de aquellos tiempos."

"En consecuencia de esta doctrina apostólica, los primeros cristianos, aunque perseguidos durante 300 años, no han causado jamás el menor movimiento en el Imperio. Continuaban rogando por el Emperador, aún en medio de los suplicios a los cuales los condenaban injustamente. Valor, dijo Tertuliano; arrancad, oh buenos jueces, arrancad a los cristianos un alma que hace votos por el Emperador. En fin, durante 700 años, no se ve un solo ejemplo en que se haya desobedecido a los Emperadores, bajo pretexto de religión, etc. etc."

"Esto que he copiado hasta aquí, de la Doctrina del ilustre Bossuet, es más que suficiente para probar mi proposición, es decir, que, en ningún caso es permitido a los súbditos tomar las armas contra sus Soberanos; pero yo no puedo de ningún modo dejar en silencio la condenación del Regicidio o del Tiranicidio, que trae el concilio de Constanza, en el año 1414. He aquí como se expresa ese Santo Concilio:

"Se han señalado algunas máximas erróneas, en lo que concierne a la Fé y a las buenas costumbres; máximas muy escandalosas, que tienden a subvertir el estado y el buen orden de la República, y en medio de ellas se ha notado la siguiente: "Puede y debe permitirse a todo súbdito quitar la vida a su Príncipe, aunque sea, si lo es, un tirano; él hace al inmolarlo un acto meritorio, no obstante todo juramento de fidelidad que hubiera podido prestarle anteriormente. El Santo Concilio se apresura a protestar contra ese error, y deseando ahogarlo hasta su origen, después de madura deliberación, declara de una manera explícita que tal máxima es errónea y contraria a la Fé y a las buenas costumbres; la reprueba y la condena como herética y escandalosa y porque abre la puerta a



fraude, a la estafa, a la mentira, a la traición y al perjurio."

Así, pues, los súbditos que toman las armas contra su príncipe, se hacen culpables de traición; y profesar la máxima según la cual el súbdito puede armarse contra su príncipe, es, de acuerdo con el Santo Concilio, hacerse culpable de herejía. Que esta decisión de la Iglesia os haga temblar, a vos y a vuestros tres eclesiásticos consultores!

"Me decis que, en mis cartas, vuestra piedad y la honradez de vuestra conducta han sido denigradas. Yo os pido perdón, pero no hay nada de eso, y las cartas que os he dirigido son y serán siempre un testimonio irrefragable del respeto, de la urbanidad y de la decencia que he conservado respecto de vos. Sois vos mismo, quien vais a menoscabar la alta reputación de que gozáis, si resistís a la fuerza de la verdad que me ha inspirado la presente y mis precedentes cartas. "Pero talvz digáis para excusar vuestra conducta, que la experiencia prueba que varios pueblos se han insurreccionado contra sus soberanos y aún le han hecho perder la vida en un cadalso, a pesar de la doctrina y a pesar de las decisiones de la Iglesia de que me habláis. Yo no me atreveré a negar esta verdad; pero debéis observar que, según el enunciado de un axioma de derecho: *Non exemplis, sed legibus judicandum est*; no son los malos ejemplos sino las buenas leyes las que deben servirnos de regla. Y en el día del Juicio final, en vano querréis justificarnos con las faltas de otro; el Evangelio de J. C. es la única ley según la cual seremos juzgados; si vos la violáis, seréis condenado, por el más justo de todos los jueces.

"Pero mi buen amigo; os lo digo con sinceridad; la historia de esos mismos pueblos, que han llegado hasta inmolar a sus Príncipes, debe servirnos de excelente lección para abjurar la revolución que habeis comenzado. Es cierto que esos pueblos no previeron los excesos a que los conducirían sus revoluciones; el bien de la nación fué primeramente lo que tuvieron en vista; en seguida se arrogaron la facultad de hacer de sus príncipes instrumentos pasivos de sus pretendidas reformas; volviéndose más atrevidos, osaron armarse contra su autoridad, y como en el crimen sólo el primer paso es el que cuesta, les hicieron perecer por fin en el cadalso, y cometieron con ello un crimen que estuvieron bien lejos de premeditar en el principio.

"Es igualmente importante prestar atención a los países y a las épocas en que esas catástrofes tuvieron lugar, y en las que ellas resultan más comunmente. Echad una mirada sobre los Estados de Europa y aún del mundo entero, y veréis que el Imperio Otomano es el único en que se ven frecuentemente revoluciones, que terminan ordinariamente por el parricidio, por la muerte del Príncipe. ¿Cuál es la razón de eso? es que allí no se ve brillar el Sol del Evangelio; el Alcoran de los Mahometanos les inspira las pasiones del falso Profeta que lo dió a luz, el homicidio y la violencia; el Evangelio, por el contrario, no predica a los cristianos sino amor y caridad, y Jesucristo, su autor, es un Príncipe de paz, un rey dulce y pacífico.

"Es verdad que se vió en Inglaterra al rey Carlos Primero decapitado; pero eso fué después que en ese reino se abjuró la doctrina de la Iglesia romana.

"Es verdad también que se ha visto repetirse en Francia, en nuestros días, el mismo ejemplo en la persona de Luis XVI; pero, prestad atención: 1º a lo que he dicho ya relativo a las fatales consecuencias de las revoluciones; 2º a la época de esa terrible catástrofe. En el primer caso, hemos visto como un pueblo, al principio bien intencionado, pudo llegar por gradación, hasta el exceso del crimen; en el segundo caso, observaréis que el asesinato fué cometido precisamente durante el pequeño intervalo en que el sol del evangelio permaneció eclipsado en París. Sí, amigo mio, recordad que eso tuvo lugar en la época en que la infernal facción de los Jacobinos, después de haberse amparado tiránicamente de toda la autoridad, proscribió la religión católica, y llevando hasta el exceso el fanatismo filosófico, hizo celebrar la ridícula ceremonia de los funerales de la religión de J. C. durante la cual se cantaba el *requiescat in pace*. Fué entonces cuando se vió perecer en el cadalso al monarca que reinaba en Francia; y ¿por quién fué él conducido al cadalso? ¿fué por los franceses reunidos? A la verdad que nó; fué por los Jacobinos. Los verdaderos franceses, penetrados de las máximas del Evangelio, Moraban, y Moran todavía con motivo de esos horrores; y ese terrible acontecimiento les servirá de lección perpetua, para reprobar toda clase de conspiración contra el príncipe, y toda sedición contra su gobierno legítimo. Notad que aún hay más; ninguno de los que empaparon sus manos en la sangre de la víctima sagrada, desempeña hoy ningún papel en el teatro de Francia; la mayor parte de ellos ha experimentado ya los efectos del anatema divino, yendo a los infiernos a recibir el castigo de sus perversidades, y el número que queda en la tierra, a penas osa presentarse a la luz del día.

"Queda, pues, mi querido, perfectamente demostrado, que vos y vuestros compatriotas sois súbditos del Imperio Francés; y al mismo tiempo, que no es permitido, bajo ningún pretexto, a los súbditos, tomar las armas contra sus gobiernos. ¿Qué nos queda por hacer ahora? Os falta, mi querido Señor, aceptar la entrevista que os propongo; a mí me tocará acabar, de viva voz de confirmaros en la persuasión de esta última verdad. Mi visita se parecerá a la que hicieron los ángeles a los pastores, la noche del nacimiento del Señor: yo exclamaré como ellos, al veros: *Pax, pax; in terra pax!* Que la paz reine sobre nuestra tierra! Que la paz sea proclamada por todas partes, a la gloria de nuestro Dios que está en el cielo. *Gloria in excelsis Deo*".

"Solo necesitáis media hora para leer mi carta y tres horas para meditar bien su contenido; yo esperaré, sin embargo, sin desesperar, hasta mañana. Por lo demás, vos no tenéis que hacer más sino decirme: "Venid, Padre Correa, yo acepto la preposición que me haceis en vuestra primera carta; yo siento ya el efecto de la gracia de Dios, que me acaba de abrir los ojos a la luz.



Induraverunt facies suas supra petram, et noluerunt reverti. Jern. 5.

Curavimus Babylonem, et non est sanata, derelinquamur cam.

"Si pasan las veinticuatro horas sin recibir vuestra respuesta, diré entonces llorando como Jeremías: Ellos tomaron más dureza e inalterabilidad que una roca y rehusaron convertirse. Hemos prestado nuestros cuidados a Babilonia sin poder curarla, es preciso, pues, abandonarla.

"Pero nó; mi confianza en Dios me hace esperar que esos tres sacerdotes, que teneis por consejeros, reconocieran en mi doctrina la de Jesucristo, y tratarán de llenar las funciones del verdadero sacerdote, las de predicadores del Evangelio de paz. Me dispongo, pues, en razón de eso, a partir mañana.

"Que Dios os tenga en su santa guarda, así como a mis tres queridos hermanos y colegas y tocás aquellos de mis hijos que se encuentren en este momento a vuestro lado.— Ojalá pudiéseris estar todos desde mañana conmigo y al mismo tiempo con Dios, Nuestro Señor, por la eternidad de los siglos. Amén.

"Quedo, con la mayor consideración, Vuestro afectísimo amigo y sacerdote
(firmado) "Doctor Bernardo Correa y Cidrón."

—oOo—

Verdades fundadas en los principios de una religión sublime y de una moral pura, demostradas con la fuerza y la energía que inspira la virtud, no podían producir sino los efectos del estupor en el espíritu de un hombre que no tenía para oponerle mas que las paradojas del error o las sutilezas de la mala fé. Anonadado por los argumentos de un ministro ilustrado, Sánchez hubiera querido sustraerse a los gritos de su conciencia; y en vez de encerrarse en esta decencia de expresiones, en ese tono de prudencia y de moderación que caracterizan al hombre de bien, su ambición torpemente disfrazada, busca primero en vano parapetarse tras de sofismas, de aserciones vagas y calumnias, para justificar los atentados de que se había hecho culpable. Se vé por fin, que la atracción seductora del poder, ahoga en su corazón los remordimientos, que hubieran podido hacer nacer el cuadro espantoso que le trazó el Padre Correa, y le hace una ley imperiosa para persistir en su culpable proyecto, y la última carta del venerable pastor quedó sin respuesta.

Un parlamentario, que vuelve a Santo Domingo es apresado por una corbeta inglesa.

14 de Enero. El 14 de Enero, la corbeta inglesa, llevando al remolque una nave que fue reconocida como el parlamentario enviado de aquí a Curazao, en los comienzos de Diciembre, apareció a la vista del puerto. Deseando el General Barquier conocer los motivos de la captura de un buque que el derecho de gentes parecía deber garantizar de todos los acontecimientos de la guerra, envió al capitán del Estado Mayor Evrard, para poner en claro con el capitán Webb esta violación de las leyes marítimas. El oficial

inglés alegó como excusa de su conducta la cantidad de provisiones que se encontraron a bordo de ese buquecito en contravención a esas mismas leyes, que prescriben explícitamente a todo parlamentario no tener a bordo sino los víveres rigurosamente necesarios para la tripulación, sobretudo cuando su destino ulterior es un puerto cuyo bloqueo está auténticamente declarado.

15 de Enero. El capitán Cornali, oficial inglés, viene a Santo Domingo como parlamentario.

El día 15. el capitán inglés Cornali, oficial de artillería, desembarcó en Jaina y se dirigió por tierra a Santo Domingo, para entregar al General Barquier la contestación del Gobernador de Curazao a las comunicaciones de que había sido portador el parlamentario y que se referían al cange de algunos prisioneros. El capitán Evrard, al acompañar a bordo de la corbeta al capitán Cornali, tenía orden de insistir de nuevo sobre la entrega del buque y de reclamar contra el rigor desmedido del capitán Webb en una circunstancia en que, la inviolabilidad de un parlamentario debía ser incontestablemente garantizada por la lealtad y la buena fé de los dos gobiernos.

El buque parlamentario es puesto en libertad.

Estas razones prevalecieron sin duda en el ánimo del capitán Webb y el buque entró en el puerto, con gran satisfacción de los habitantes que esperaban con impaciencia las pocas provisiones que traía a bordo.

El capitán inglés y sus oficiales bajaron a tierra, donde recibieron la acogida más lisonjera del General y de su Estado Mayor; ellos testimoniaron, al partir, cuán apesadumbrados estaban por verse obligados a proceder con severidad contra enemigos que les inspiraban tanto interés. "No vayáis a Santo Domingo, decía el capitán Cornali al capitán de la corbeta, si queréis cumplir rigurosamente vuestro deber.

Efecto que produce sobre los Jefes de la revolución.

Partida de la corbeta inglesa.

Esas comunicaciones, en las que reinaba una consideración recíproca, causaron inquietud a Sánchez; éste hizo saber su descontento al Capitán Webb por su conducta, que según él, podía contribuir a retardar la rendición de la plaza; y hasta se quejó al Almirante Rowley, uno de los promotores principales de la insurrección de la parte del Este, y la corbeta recibió órdenes de retirarse a Jamaica.

Sánchez y el coronel Andrés Jiménez habían escrito el 2 de Enero al capitán Webb, una carta muy apremiante, para comprometerlo a cooperar en el bloqueo de la plaza, prometiendo a los ingleses, en el reparto de nuestros despojos, una suma de cien mil pesos, y todas las piezas de artillería de bronce que hubieran en el arsenal. Y era, sin duda, para mantener en ellos las disposiciones favorables a su empresa, que Sánchez hacía cargar a bordo de todos los buques una cantidad prodigiosa de piezas de caoba.

El hambre llega al último extremo.

Entretanto, nuestros víveres se agotaban y nuestras esperanzas se desvanecían: el hambre,



unida a la prolongación del bloqueo, tanto más inquietante porque nos las habíamos con un enemigo que era más difícil de alcanzar que de vencer, podía producir un mal efecto en el ánimo de nuestros soldados. En esta situación, tomamos la determinación de librar una batalla general y decisiva, que hiciera levantar el bloqueo y abastecer la plaza, a lo menos por algún tiempo.

Esta resolución, impuesta por el deber y la necesidad, era el último esfuerzo que la patria exigía de sus defensores; ella estaba en el corazón de todos los franceses, que desde hacía seis años habían hecho a su Soberano el sacrificio de su desgraciada existencia.

Impaciencia de los franceses por atacar al enemigo.

Por todas partes se oía el clamor que pedía el combate, y esta determinación fué tomada en la época más favorable para obtener grandes resultados. Ella iba, en efecto, a herir en masa el ejército de los insurrectos en un momento en que embaucados por las promesas engañosas de su Jefe, estaban disgustados de la vida de los campamentos, poco conveniente a los habitantes obligados a abandonar sus propiedades y sus familias, para favorecer la ambición y la avaricia de algunos individuos, sin nombre, sin talento y sin virtud.

De nuestra parte, el recuerdo de las desgracias de Palo Hincado se había desvanecido un poco de la memoria de nuestros soldados; todos estaban animados por estos dos móviles: la vanidad y el honor. Ese fué su grito de unión.

23 de Enero. Revista de tropas hecha por el General Barquier.

El General Barquier realizó, el 23 de Enero, la revista de mil hombres destinados al ataque de las trincheras del fuerte de San Jerónimo y del cuartel general de Sánchez.

Su discurso

"Soldados, les dije; si yo no tuviera desde hace largo tiempo en mi corazón, el sentimiento íntimo de vuestro valor y de vuestra abnegación, leería hoy en vuestros ojos el signo cierto de la gloria que vais a conquistar. En cuanto a vosotros, bravos criollos, de todas las clases y de todos los colores, vosotros habeis sido, durante dieciocho años considerados como los hijos de la desgracia, pero seréis desde mañana los hijos de la victoria. El enemigo tiene trincheras, fortalezas y cañones y vosotros tenéis ese valor que no se desanima jamás; esa impetuosidad a la cual nada resiste, y por sobre todo la ventaja inapreciable de batiros por un monarca invencible".

24 de Enero. Combate de San Jerónimo. Levantamiento obligado del bloqueo de Santo Domingo en la parte Oeste de esta ciudad.

El 24, la guarnición hizo una salida general, llevando como jefe al coronel Aussenac; el plan era el de quitar todas las trincheras al enemigo, el fuerte de San Jerónimo, el cuartel general de

Sánchez y de hacer levantar el bloqueo de la plaza.

Las líneas de circunvalación se extendían desde el mar, que baña los jardines de la estancia Léglise hasta la estancia llamada Cabral; éstas estaban defendidas por mil cien hombres. Una segunda línea de trincheras, ocupada por seiscientos hombres, protegía el flanco derecho del fuerte de San Jerónimo, y la caballería enemiga, compuesta de quinientos hombres, protegía el cuartel general, situado en la estancia del General Ferrand. Los restos del ejército de Sánchez, ocupaban las posiciones de Galard (*) y de Manganaagua en número de dos mil hombres. En consecuencia, las disposiciones fueron tomadas para asegurar el éxito de un ataque, cuyos resultados debían ser tan importantes para la plaza.

Una columna de quinientos hombres, con dos piezas de a ocho debía dirigirse al camino real de San Jerónimo, y atacar de frente las trincheras enemigas, al mismo tiempo en que la segunda columna de cuatrocientos hombres, envolviendo la línea por una marcha precipitada, llegaba hasta detrás de las trincheras, después de haber forzado las posiciones intermedias.

Las dos columnas reunidas debían inmediatamente dirigirse al fuerte de San Jerónimo, cuya columna de la izquierda debía formar el bloqueo, mientras que la de la derecha tomaría posición entre el fuerte y el cuartel general, a fin de tener estrechadas y dividir las fuerzas enemigas.

A las seis, la columna de la derecha, a las órdenes del Jefe de batallón Vassimón, forzó las trincheras de la estancia Alvarez y el campamento de Cabral, y al mismo tiempo, la de la izquierda, a las órdenes del Jefe de batallón Fortier, atacó el frente de la línea y obligó al enemigo a abandonarla.

Las dos columnas operaron su junción en las obras avanzadas del fuerte de San Jerónimo, alrededor del cual se entabló un tiroteo tan vivo, que el enemigo, que se encontraba encerrado allí, no podía presentarse en las cañoneras para contener los esfuerzos de los sitiadores.

No queriendo perder el coronel Aussenac el fruto de sus primeras ventajas, dejó en las trincheras una reserva de cien granaderos; doscientos hombres bajo las órdenes del jefe de batallón Cottenet, reciben instrucciones para continuar el asedio del fuerte, y el resto del ejército sigue adelante hacia la estancia del general Ferrand, en donde el enemigo, sorprendido por la rapidez de nuestro movimiento, no opone sino una débil resistencia y se determina a retirarse. Sánchez mismo, viendo llegar fugitivos en desorden, pregunta donde está su bandera y se apresura a ocupar el fuerte de Jaina, acompaña-

* Estancia situada a una legua de Santo Domingo, desde la cual el Emperador Dessalines escribió el 6 de Marzo de 1805 al General Ferrand para que rindiera la plaza. Dessalines se retiró el 28 de Marzo en la noche, sin haber obtenido nada.— En 1808 el General Don Juan Sánchez Ramírez estableció allí su campamento para sitiar a los franceses.

Galard, por corruptela, se ha convertido hoy en Galá. N. del Traductor.



do del coronel Don Andrés Jiménez, y de algunos hombres a caballo.

Entretanto el Belvedere, situado en una altura ventajosa, a un cuarto de legua del cuartel general, estaba todavía ocupado por doscientos hombres de las mejores tropas de Sánchez; los cazadores coloniales, cuya intrepidez está fuera de toda ponderación, atacan con impetuosidad, apoyados por la compañía Administrativa que no les cede nada en valentía. El Belvedere cae en nuestro poder y el coronel Aussenac se vé coronado de laureles por sus soldados cuyo entusiasmo y admiración había él provocado.

Las tropas reunidas entran en la estancia del General Ferrand para descansar un rato y a las nueve, el coronel recibió la noticia de la rendición del fuerte de San Jerónimo, donde solo quedaba el comandante Don Francisco Díaz con unos cuarenta hombres, pues el resto había sido muerto.

Mientras estábamos en una completa seguridad y ocupados en la desocupación de los almacenes, tropas frescas mandadas por Agustín Gómez vienen a ocupar nuevamente el Belvedere, que nosotros habíamos abandonado, no presumiendo que un enemigo que había sido vencido y derrotado por todas partes hubiera tenido la audacia de presentarse de nuevo al combate: el fuego fué muy fuerte pero nada resiste a la impetuosidad de nuestros cazadores y de nuestras tropas de línea; el Belvedere es recuperado y el enemigo rechazado se retira a Galard, ocupado por el coronel Polanco, comandante de la división del norte del ejército revolucionario.

Mientras que nuestras tropas se batían con el enemigo, un cuerpo de caballería española, comandado por el coronel Marcos Torres, oficial de una valentía notable, se presenta frente al fuerte de San Jerónimo, que él no suponía ocupado ya por los franceses, sin duda con la intención de levantar el sitio. Se dirige con audacia hasta medio tiro de fusil de la fortaleza, pero se vió obligado a retirarse, después de haber perdido algunos de sus jinetes y de haber recibido él mismo dos balazos, a consecuencia de los cuales murió algunas horas después. Una parte de su tropa atravesó el camino de Jaina después de haber amacheteado algunos soldados que se habían separado de su puesto. El mismo General Barquier, que se había trasladado al campo de batalla, seguido de su estado mayor, y que volvía a Santo Domingo, corrió el peligro de ser envuelto por esa caballería; pero afortunadamente prevenido por algunos fugitivos, se resolvió a reunirse a la columna que se encontraba en la estancia de Ferrand.

El enemigo perdió en esta jornada cerca de ciento cincuenta hombres, muertos en el campo de batalla y ochenta prisioneros, entre los cuales se encuentra el comandante Don Francisco Díaz, cuyo continente ha sido digno de un hombre pundonoroso y de valor. Nosotros tomamos al enemigo dos piezas de cañón, todas las municiones, los trenes de artillería, los furgones, los archivos y muchos víveres. De nuestra parte la pérdida puede fijarse en cuarenta hombres muertos y treinta heridos. El capitán Kauffman, los

teniente Revelli, Cotte y Marchal se cuentan entre los muertos; este último, por medio de uno de esos movimientos admirables de audacia, había logrado penetrar en el fuerte, por una escalera extremadamente estrecha, cuyos tres últimos escalones habían sido rotos por el enemigo y cuya puerta estaba defendida por los puertorriqueños; pero fué destrozado después de una resistencia que honra su valor y su adhesión a su soberano.

El ejército vino a acampar la misma noche en San Jerónimo, en donde permaneció hasta el día 27.

Los jefes de batallón Vassimon y Fortier contribuyeron especialmente a los éxitos gloriosos de esta jornada, por la rapidez y la precisión de sus movimientos y por un valor superior a todo elogio.

El coronel Aussenac alaba igualmente a los jefes de batallón Repussard y Desfontaines, comandantes de la legión colonial; a los capitanes Bulté, del 89º regimiento de línea y Duram, del 5º de infantería ligera; al capitán Goguet, comandante de la compañía administrativa; a los oficiales del Estado Mayor General, Señores Evrard, Gilbert Guillermin, Daux, Marquis, Boissentis y Mangin, oficiales del cuerpo de ingenieros, quienes se distinguieron todos en esta brillante jornada; y en general a todos los militares y paisanos que formaron parte de las tropas.

Entre los papeles encontrados en el cuartel general de Sánchez, se encontró la diatriba siguiente, dirigida a los manes del general Ferrand, en contestación a su proclama del 30 de Octubre.

Diatriba dirigida a los manes del General Ferrand, traducida del español.

“Puerto Rico, 26 de Noviembre.

“A los Manes del General Ferrand. Los días de clemencia han pasado.

“Si los días de clemencia han desaparecido para tí, no puedes evitar ya la sentencia fulminante que te ha lanzado ese Dios que ha sufrido tanto por los desórdenes, la infamia y las crueldades inauditas ejercidas por tus compatriotas y de las que tú mismo te rendiste culpable:

Nulla est redemptio. Los tiempos de las fanfarronadas, de las amenazas y del despotismo, que has hecho pesar durante tu vida sobre los desgraciados habitantes de esta parte del Este, pasaron ya; ni Napoleón, ese gran Napoleón, para quien los límites del mundo entero no son bastante extensos, puede retirarte del lugar que te ha destinado ese Dios ofendido por tus compatriotas en Cuenca y en Riaseco. Toda la legión de honor, de la que eras oficial no podrá volverte a la vida; pero, para tu consuelo, debes saber que dentro de poco tiempo, todos los que forman parte de ese cuerpo honorable se reunirán contigo. No dudes, pues, que los rebeldes, que los ladrones de camino real y los bandidos de España, sepan vengarse de tus ciegas, de tus compañeros de armas, tus amigos y tus compatriotas. Ya por todas partes la espada de la justicia hiere esas cabezas criminales, y los campos



de Bailén, las montañas de Zaragoza, las llanuras de Cuarte y de Valencia y las cercanías de Gerona, han aumentado la población de ese imperio eterno en que te encuentras ahora.

“Los valaveras de Puerto Rico (así como nos cañticas), y los rebeldes de Santo Domingo, te han probado que la causa que ellos sirven es la que el cielo protege. Desde el 30 de Octubre, fecha de tu insensata y fulminante proclama, de la cual tenemos copia, hasta el 7 de noviembre, época en la que, sucumbiendo bajo el peso de la ignominia, te quitaste la vida (rasgo de valor digno de las personas que se te parecen) la terrible sentencia de tu destrucción ha sido decretada. Desgraciado Ferrand! Nosotros, aunque vagabundos y holgazanes, sentimos compasión por tí, porque, a pesar de que fuiste malvado, no fuiste tanto como tus colegas. Ya ves que sabemos rendir a tu memoria la justicia que ella merece. ¿No hubiera sido más ventajoso para tí entregar la plaza a esos generosos patriotas españoles, antes que condenarte a ser habitante del negro reino de Plutón? Fernando VII hubiera sabido recompensar tus servicios, y la sangre española que ha sido derramada no hubiera pedido al cielo venganza contra el resto del miserable ejército que tú mandabas. Tu temías a la ignominia de ser prisionero! Temías incurrir en la pérdida del favor de tu Soberano. Ah! esos temores eran mal fundados, pues la diadema que él ha usurpado no está de ningún modo asegurada en su cabeza, y si él recibe aún algunos descalabros parecidos a los que ha experimentado en España en estos últimos tiempos, esa diadema caerá a sus pies de una manera tan terrible, que el ruido de su caída resonará hasta en los países más lejanos. ¿Qué podía hacerte Bonaparte? ¿Despojarte de tus vanos títulos? Ay, tu habrías vuelto a tu estado primitivo, suerte reservada a todos aquellos que han sido elevados a empleos eminentes, como ducados, &c. Nosotros también Bonapartizamos y para tener la prueba, mira al nuevo duque de Abrantes, el General Junot, cuán prontamente perdió su ducado.

“Tu saliste a la cabeza de la expedición, para recibir el sometimiento de los extraviados! tu motivo era efectivamente laudable, pues ¿quién hubiera podido presumir que un puñado de holgazanes (como tú nos llamabas) hubiera osado querer disputar la gloria militar a los vencedores de Lodi y de Marengo? ¿Quién hubiera jamás pensado que el aparato militar, las insignias distintivas y brillantes del honor, no hubieran deslumbrado los ojos de la Muchedumbre repugnante de ladrones de camino real? Pero ellos atacaron con impetuosidad y acreditaron el valor español de una manera digna de nuestros elogios, sin que las proclamas, las trompetas, tambores, pífanos, plumajes y bayonetas, hayan podido atemorizarlos. Del mismo modo que se ha visto en el bruch, (*) cañones de madera producir un efecto maravilloso, del mismo

modo, en Santo Domingo, los machetes (**) y los cuchillos han conseguido una victoria.

“Todo esto no ha sido más que el efecto de las vicisitudes de la fortuna; tú estás hoy al abrigo de semejantes cosas; y para evadir toda responsabilidad, te quitaste la vida, única cosa de la que, en realidad, podías disponer, probando con este hecho que eras el hombre más desinteresado que hubiera en los ejércitos imperiales y reales. Pluguiera a Dios acordarte su misericordia! aunque, según todas las probabilidades, él talvez se muestre de preferencia león que cordero, en esta circunstancia, pues el suicidio está condenado por su Santa Ley. No te decimos que reposes allá abajo, pues eso sería insultar tu grandeza; sabemos que se está reuniendo un gran ejército en la laguna Estigia, pues parece que el Emperador y Rey, tu amo, tiene algunas intenciones para la posesión de los Estados internales. Tú, como oficial de su legión de honor, puedes hacerle algunos grandes servicios y cuando S. M. I. y R. haya determinado bajar a esas regiones tenebrosas, habrás podido preparar sus conferencias con Lucifer, pues sabemos que el Gran Napoleón es un amigo decidido de las conferencias.

“Repetimos que te tenemos compasión, y cumplimos con el deber de decírtelo, pues los hijos de Santo Domingo, se han mostrado más generosos que lo que tú habías creído hasta entonces”,

“Tus Apologistas”.

Una diatriba tan injuriosa a la memoria del infortunado general Ferrand, no probaba sino la ingratitud y la injusticia de un pueblo, a cuya dicha él había consagrado todos sus instantes. Se contestó a ese libelo calumnioso, menos para justificar una conducta que había sido irreprochable, que para oponer a las afirmaciones mentirosas de los españoles, las alegaciones irrefragables de la verdad, y para destruir las ilusiones de su orgullosa jactancia y la falsedad de sus pretensiones militares.

Respuesta a la Diatriba precedente,
por Gilberto Guillermin.

“A Don Juan Sánchez, en respuesta a la Diatriba contra los manes del General Ferrand.

“Los días de clemencia han pasado. Si los días de clemencia han pasado, tú no puedes evitar ya la sentencia fulminante que te ha lanzado ese Dios, irritado por los desórdenes, las infamias, las crueldades inauditas cometidas por tus compatriotas y por tí mismo, sobre los desgraciados franceses, que su desventura había puesto a tu discreción después del combate de Palo Hincado. Los tiempos de las fanfarronadas, de las amenazas y de tus insolentes intimaciones, han pasado, y ese ostentoso apresto de tu orgullo

(**) *Manchettes*: machete con puño de madera que los campesinos llevaban suspendidos de una cuerda o cinta en forma de sotuer o aspa de San Andrés. Hoy estos machetes tiene el mango o cabo de cuerno y se usan mucho en Santo Domingo y en Haití. Nota del Traductor.

(*) *Bruch*. No conocemos lo que significa en francés esta palabra: ¿será algún término del francés corrompido o patois que se habla en algunas colonias francesas? lo ignoramos.— Nota del Traductor.



y de tu culpable ambición, al eclipsarse como un ligero humo, no es hoy más que un monumento de tu debilidad, de la corbadía de tus soldados y de la justicia de nuestra causa.

Ya nuestros brazos vengadores han herido a los asesinos de nuestros infortunados compañeros, y los campos de Galard, de San Jerónimo y de San Carlos, regados con la sangre de tus feroces hordas, serán, para las generaciones futuras, los testigos de nuestra gloria y la vergüenza de tus cobardes compatriotas.

“Si; este miserable ejército, (así como lo califican tus viles aduladores) ha sabido triunfar, en treinta minutos, de tus cañones, de tus fortalezas y de esas cuadrillas sediciosas que habías reunido alrededor de nosotros. Es así como contabas disputar la gloria militar a los vencedores de Lodi y de Marengo? ¿Es escapándote como una liebre miedosa perseguida por los cazadores, o abandonándonos tus pertrechos, tus almacenes, tu artillería y tus archivos, como pretendías acreditar ese valor español, que la brillante ostentación de nuestros plumajes no había espantado, pero que no ha podido resistir, el 24 y el 27 de enero, la intrepidez de ochocientos franceses?

“¡Cuán desgraciados sois! Tenéis la loca pretensión de asociar los laureles franceses a la tímida sensitiva española! ¿No teméis irritar con esas monstruosas aproximaciones, las cenizas de los Contes, de los Olid, de los Alvarado, de quienes habeis tan vergonzosamente degenerado? ¿Ignoráis que el valiente Aquiles fué herido por el más cobarde de los troyanos? ¿Ignoráis que Roma también fué la patria de los héroes y que ella no es hoy sino la mansión de la debilidad? Sabed que si el Dios de los ejércitos ha permitido que los franceses fueran por un momento heridos por el terror, fué para inspiraros esta orgullosa confianza que debía conducirnos rápidamente al abismo que sus decretos eternos habían preparado para vosotros. Pero si os quedasen aún algunas dudas sobre éxitos que no fueron jamás obra vuestra, oid la voz de la verdad, la de Don Francisco Díaz, único español que, en el curso de esta guerra, se mostró digno de la estimación y del valor de los franceses; interrogado sobre las circunstancias del combate de Palo Hincado, respondió, con la lealtad que caracteriza el verdadero valor, que ellas habían sido una monstruosidad de la fortuna.

“Habitantes insensatos! acabais de adquirir la funesta experiencia de vuestra debilidad y de vuestra obsecación.

Esas trincheras levantadas por el miedo, esas fortalezas, esos cañones, esas gavillas numerosas reunidas contra un puñado de franceses, no han opuesto sino una débil resistencia al valor de nuestros soldados; ellas han sido acosadas por nosotros, como las arenas de la Libia por el furioso Aquilón.

“En el delirio de una loca ambición, los sacerdotes fanáticos, bajo el yugo de quienes estáis vergonzosamente sojuzgados, han asociado la Divinidad a vuestros culpables proyectos, sin sospechar que ellos mismos eran los instrumen-

tos de un Dios irritado por vuestra ingratitud y vuestros crímenes.

“Esos ministros del Dios de los cristianos hasta han soportado que vosotros hayais empleado el lenguaje de la mentira y de la fábula para evocar e insultar los manes de vuestro bienhechor.

“Si fuera posible conocer el destino de los hombres después de su muerte, no sería, estad seguros de ello, ni en las orillas de la Estigia ni en el sombrío reino de Pultón, donde veriais vagar la sombra del General Ferrand, sino en los campos Elíseos, mansión reservada a los Grandes Hombres, y de donde son irrevocablemente excluidos los ingratos, los traidores y los asesinos.

“Pero tú, astuto Sánchez, ¿podrás en lo sucesivo escapar a los remordimientos que te persiguen, a ese desprecio que debe inspirar el ambicioso sin talento, sin valor, y sin virtudes? Tu huías el 24 de Enero con tu dinero, sin pensar en reanimar el valor de los tuyos, probando con eso, que si no eres el más valiente, eres en cambio, el más interesado, entre la canalla revoltosa que tu comandas.

Todo eso no es absolutamente el efecto de las vicisitudes del tiempo, Sánchez; sino el resultado necesario de tu incapacidad y de esa vanidad que acompaña siempre a la insuficiencia.

“Renuncia con humildad a esos vanos títulos que arrancaste a la imbécil Junta de Bondillo; depón las armas con las cuales creés defender los intereses de un rey, que ha renunciado a su corona, y que, aún cuando la hubiera conservado, no querría saber de tí ni de tus servicios; vuelve, en fin, a tu estado primitivo; esa es la suerte reservada a los hombres malos; con los cuales la fortuna se ha equivocado.

Tentativa que hace el General en Jefe por conseguir la paz: envía parlamentarios al enemigo.

Al día siguiente del combate de San Jerónimo, el General en Jefe, deseando agotar todos los medios de dulzura y de conciliación, y antes de llegar a los enojosos extremos de una destrucción general, envió al capitán del Estado Mayor General, Gilberto Guillermin a Galard, donde se habían reunido todas las divisiones del ejército enemigo, para intentar un último esfuerzo. Su misión era hacer conocer a los Jefes de los revolucionarios las consecuencias funestas de una resistencia más larga; y pintarles el cuadro espantoso de los desastres a los cuales la continuación de la guerra iba a exponer a los desgraciados habitantes de la parte del Este, que serían infaliblemente víctimas del furor de un soldado victorioso, al que no sería posible contener. El General prometía el olvido de lo pasado y un perdón general, en el caso en que, deponiendo las armas, enviasen algunas personas notables de cada común, para implorar clemencia de un gobierno, contra el cual ellos se habían sublevado tan injustamente.

El capitán Gilberto Guillermin iba acompañado de Don Ramón Cabral y de Don José Labastida, ambos adictos a la causa del gobierno francés. Cuando llegaron a las avanzadas de Galard,



fueron conducidos, con los ojos vendados, al cuartel general.

El silencio con que habían sido conducidos fué interrumpido bruscamente por el ruido de una caballería, cuyo Jefe se adelantó y anunció que venía a recibir al parlamentario. El capitán Gilberto Guillermin, que continuaba con los ojos vendados, le hizo entonces las siguientes preguntas:

Conversación entre el parlamentario y un jefe enemigo.

Pregunta: ¿A quién tengo el honor de hablar?

Respuesta: Al segundo Jefe del ejército.

Pregunta: ¿No puedo saber el nombre de la persona a quien dirijo la palabra?

Resp. Al coronel Polanco, comandante de la división del norte.

El cap. Guill: Tengo la pena de decirles que no tengo nada que comunicarles, pues las comunicaciones de que soy portador deben ser entregadas a Don Juan Sánchez en persona.

El coron. Polanco: El me ha dado toda clase de poderes para conferenciar con vos.

El Cap. Guill: Procedería contra las órdenes que he recibido si cediese a la invitación que me haceis.

El coron. Pol.: Don Juan está muy lejos de aquí: serían necesarias, por lo menos, cinco horas, para obtener una respuesta.

El Cap. Guill.: Esperaré su llegada y hasta dormiré aquí si fuere necesario; pero os observaré que, desde hace dos horas viajamos con los ojos vendados y que el calor es excesivo: ¿tendríais la bondad de hacernos conducir a vuestro cuartel general para tomar allí algún descanso?

El oficial parlamentario oyó entonces una voz amenazadora muy cerca de él; pero disimuló la inquietud que le causó semejante proceder.

En lugar de conducir los parlamentarios al cuartel general, se les hizo volver al primer puesto avanzado donde habían sido detenidos. El coronel Diego Polanco, que les había acompañado, se despidió de ellos y los dejó al cuidado de un oficial encargado de acompañarlos.

A las cinco de la tarde, Don Isidoro de los Santos, a la cabeza de veinticinco dragones vino a anunciarles que Don Juan Sánchez estaba enfermo, y que le era imposible ponerse en camino para venir hoy, pero que el 26 o el 27 estaría en Galard.

El capitán Guillermin observó a Isidoro de los Santos que, desconociendo las intenciones del General Barquier, ellos no podían tomar ningún compromiso fijo, pero que una conversación de media hora con Don Juan Sánchez, habría podido impedir grandes desgracias. Se quejó de la manera poco decorosa como había sido recibido y tratado y pidió permiso para partir inmediatamente. La tristeza y la consternación que se reflejaba en el rostro de los españoles indicaban el terror que había producido el combate de San Jerónimo a los restos del ejército de Sánchez.

Los parlamentarios fueron acompañados por

los 25 dragones hasta media legua de la ciudad a donde entraron a las seis de la tarde.

Al dar cuenta al General de los resultados de su misión, el capitán Guillermin aseguró que una segunda lección le parecía necesaria, para allanar las dificultades de una pacificación definitiva.

27 de Enero. Combate de Galard. Derrota de las tropas españolas.

El 27, a las dos de la madrugada, el coronel Aussenac levantó el campo de San Jerónimo y se dirigió por el pequeño camino de Santiago, sobre Galard, en donde se habían concentrado todas las divisiones enemigas. A las seis, los puestos avanzados de los rebeldes, comandados por el negro Francisco Bambi, recibió a nuestra columna con un fuerte tiroteo que la obligó a replegarse. A las siete, abandonamos el camino de Santiago, para tomar un estrecho sendero que nos conducía por en medio de los bosques a la retaguardia del enemigo. El mayor silencio reinaba en nuestro ejército, y los insurrectos, que sin duda habían tomado el fuego de Bambi por el de sus avanzadas en el camino real de Santiago, por el cual esperaban vernos llegar, estaban en la mayor seguridad de los peligros de nuestra marcha, en el momento mismo en que estábamos a veinticinco pasos de ellos. Oímos distintamente la voz de los jefes animando sus tropas al combate.

El señor Denian, que nos servía de guía, fué a examinar la posición del enemigo y el ruido de sus pasos llevó la alarma a todo el campamento, con lo cual sufrimos inmediatamente un fuego graneado en todo el largo de la línea.

Nos abalanzamos al instante con impetuosidad sobre sus trincheras, que les fueron quitadas en menos de diez minutos; a la vista de una numerosa caballería, cuya disposición no había sido calculada sobre nuestra manera de atacar, y se encontró en la imposibilidad de obrar y se vió obligada a huir en el mayor desorden y refugiarse en el lugar conocido con el nombre de Bondillo.

El enemigo, al retirarse, hizo ocupar una posición ventajosa por una parte de sus tropas y parecía tener la firme resolución de conservarla. El coronel Aussenac ordenó al jefe de batallón Vassimon arrojarlos de allí y ocuparla. Este oficial, a la cabeza de los granaderos del 5º regimiento y de un fuerte Destacamento de la Guardia Nacional, ejecutó con tanta bravura como rapidez la orden que se le había dado, que el enemigo rechazado en todos los puntos no encontró su salvación sino emprendiendo la fuga.

El coronel Aussenac, después de haber hecho ocupar los atrincheramientos por una reserva de granaderos, a las órdenes del jefe de batallón Mansuis, ordenó al resto de la columna seguir al enemigo, que estaba entonces en completa derrota. Las tropas se formaron por pelotones y en columnas serradas, para resistir a la caballería que se suponía debía estar en los alrededores.

Pero, después de una marcha de una hora, durante la cual fué imposible alcanzar a los fugitivos, el coronel, juzgando necesario hacer des-



cansar sus tropas que desde las dos de la mañana estaban en pie, se retiró a Galard, donde no se detuvieron sino el tiempo necesario para enterrar los muertos y curar los heridos.

Esta jornada hubiera costado caro a los franceses, si el fuego del enemigo hubiera sido dirigido más horizontalmente. Pero, la desigualdad del terreno que ocupaban los españoles y su inexperiencia en el manejo de las armas, concurrieron afortunadamente a neutralizar el efecto de su fusilería. No tuvimos sino ocho muertos y doce heridos, en una acción tan decisiva. El enemigo dejó el campo de batalla y en los bosques de Arroyo Hondo, numerosos muertos que fueron encontrados el día siguiente por algunos destacamentos que recorrían los campos.

Algunos desertores contaron, que las divisiones del ejército de Sánchez habían huido hacia las llanuras del lugar llamado Puerto Rico, cifrando toda su esperanza en su numerosa caballería.

Pero, el recuerdo de los desastres de Palo Hincado había dejado huellas muy profundas en el ánimo de nuestros soldados; enseñados con el ejemplo de sus desgraciados compañeros, se acordarán, siempre que haya lugar a ello, que la falta de exactitud, de orden y de común acuerdo en los movimientos, fué la causa de la dispersión y de la destrucción casi total del ejército del General Ferrand, y que el valor sin el concurso de esos tres grandes medios, conducen raramente a la victoria.

El coronel Aussenac estuvo especialmente satisfecho de la inteligencia y del valor de los jefes de batallón Vassimon y Fortier; estuvo igualmente bien secundado por el jefe de batallón Rocheron y por el bravo Repussard, que fué herido persiguiendo al enemigo, a la cabeza de sus intrépidos cazadores coloniales.

Los señores oficiales de las tropas de línea, de la guardia nacional del estado mayor y de los guías, rivalizaron en bravura en esta brillante jornada.

28 de Enero. Maniobras de algunos buques.

El siguiente día, 28 de Enero, a las seis de la mañana, una flotilla compuesta de una corbeta inglesa, de una cañonera española y de otros cinco buques de guerra, navegaban hacia el sur en orden de batalla; llegados a la altura del fuerte de San Jerónimo, donde habíamos dejado una guarnición de 50 hombres, la cañonera se separó y vino a saludar el fuerte con una cincuenta-na de cañonazos.

El General en Jefe, pensando que esta maniobra podía ser concertada con los rebeldes para favorecer un ataque por tierra hizo salir un cuerpo de 150 granaderos mandados por el coronel Aussenac, para vigilar los movimientos del enemigo. Pero la flotilla continuó su ruta navegando hacia la ensenada de Jaina y los granaderos volvieron a entrar en Santo Domingo.

El mismo día, a las nueve de la noche, la corbeta inglesa, pasó rasando muy cerca la costa de

Santo Domingo, sufrió el fuego de nuestras baterías y recibió una bala de 24 en su bordo.

29 de Enero.— El 29, el capitán y sus oficiales vinieron a tierra, donde fueron recibidos con toda la cortesía y la urbanidad francesas. Manifestaron en varias ocasiones, los sentimientos de estimación y de interés que les inspiraba la valiente Guarnición de Santo Domingo.

30 de Enero. Los revolucionarios cruzan el río Jaina.

Al siguiente día, algunos desertores aseguraron que el enemigo había abandonado el fuerte de Jaina y sus almacenes, y la columna se puso en marcha para asegurarse de la veracidad de ese informe. Al aproximarse, los rebeldes, que ocupaban todavía esa posición, se retiraron y cruzaron el río, del otro lado del cual habían levantado trincheras. El coronel no juzgó conveniente anticipar las operaciones militares en proyecto y se ocupó en desocupar los almacenes de víveres y volvió el mismo día a Santo Domingo.

1º de Febrero. Situación difícil en que se encuentra la plaza.

Desde la jornada del 27, como el campo estaba libre hasta una distancia de cuatro leguas, los merodeadores, protegidos por numerosos destacamentos, hicieron entrar víveres en la plaza en grandes cantidades. Se estima que, desde el 26 de Enero hasta el 1º de febrero, los habitantes se aprovisionaron para un mes. Pero la guarnición no podía mantenerse con los mismos recursos.

Los buques enviados para el continente no regresaban; desde hacía tres meses vivíamos de privaciones, con la esperanza de ser socorridos por Francia, y esa esperanza se había desvanecido. Los horrores del hambre se dejaban sentir ya, cuando tomamos la valerosa determinación de arrollar al enemigo y el éxito obtenido justificó nuestra empresa, sin mejorar por eso nuestra situación. Nos quedaban todavía los medios suaves y conciliatorios; estos habían sido infructuosos en la primera tentativa hecha por el Padre Correa.

Una comisión de vecinos se traslada al campamento de Sánchez.

El General Barquier, ceryendo el momento favorable para llegar a una pacificación, accedió a la petición de los Señores Don Ramón Cabral, Don José del Orbe, Don Juan Santin, todos tres recomendables por su adhesión al Gobierno francés, de ir a entrevistarse con Sánchez y de hacerle conocer las funestas consecuencias de su obstinación; las desgracias inevitables a las cuales iba a exponerse su patria, con la continuación de una guerra, tan injusta en los motivos que la habían hecho emprender, como fatal en sus resultados: ellos debían por último prometer el olvido de lo pasado, un perdón general y aún más, en el caso en que consideraciones de humanidad y de interés público decidieran a Sánchez a depositar las armas.



Los comisionados, animados del deseo de cumplir deberes tan sagrados, se encaminaron el 6 de febrero para la finca Puerto Rico, donde se suponía que se habían reunido las diferentes divisiones del ejército rebelde. A tres leguas de Santo Domingo encontraron destacamentos considerables de infantería y de caballería enemiga que, en lugar de continuar su ruta, se apresuraron a escoltarlos hasta el lugar de su destino, pero después de haber cumplido la formalidad rigurosa de vendarle los ojos, precaución que anuncia más bien debilidad que fuerza.

Efectivamente, nada fué olvidado en el curso de este viaje para dar una alta idea de las fuerzas, sobre la existencia de las cuales teníamos las noticias más precisas. Las marchas, contramarchas, el ruido de una caballería en movimiento incesante alrededor de los tres comisionados, en fin todas las astucias sugeridas por el temor, fueron empleadas para suplir la realidad de los medios, e inspirar falsas prevenciones a hombres que, por el hecho mismo de esas demostraciones ocultas, estaban dispuestos a dudar de todo lo que se tenía la intención de hacerles creer.

Llegados al cuartel general, fueron introducidos en la vivienda de Don Pedro Vásquez, comandante general de las tropas, en ausencia de Sánchez, que había pasado al otro lado del Ozama, al día siguiente del combate de Galard. El tono jactancioso de este Jefe, tanto más fuera de lugar cuanto que él hablaba con vencedores, no convenía a hombres pacíficos, y estos solicitaron continuar camino hasta encontrarse con Don Juan Sánchez.

7 de febrero. Los comisionados llegan al cuartel general.

Los comisionados partieron a las siete de la noche y no llegaron al otro lado del Ozama sino a la una. Fueron conducidos a casa de Agustín de Castro hasta recibir órdenes del cuartel general. Este comandante, siguiendo siempre los mismos principios, exageró los triunfos de los ejércitos españoles en Europa; la situación horrorosa en que se encontraba Francia, y no dejó de hacer saber a los comisionados la llegada de un refuerzo de 600 hombres del Cibao, comandados por Francisco Esteves, el más bravo y más inteligente de los jefes de ese departamento; pero como todas esas afirmaciones estaban desmentidas por las apariencias, no produjeron otro efecto en el ánimo de los comisionados sino el de confirmarles la idea de que solo el temor podía inspirar semejante política.

Respuesta evasiva de Don Juan Sánchez.

Después de haber descansado algunas horas, se proponían continuar camino, cuando un correo vino a anunciarles que Don Juan Sánchez les esperaba en la estancia Ferreira; los comisionados se dirigieron allí y lo encontraron acompañado de Carvajal y de varios otros jefes de su ejército; su continente era serio y en apariencia resuelto, y el tono de su conversación amistoso, cuenta habida de que era antiguo amigo de las tres personas que habían venido a verle. El res-

pondió a las insinuaciones de paz que le hicieron, que no había tenido otro propósito al emprender esta guerra sino el interés de su país y su adhesión a S. M. C. y a su religión; que la ambición no era el móvil de sus acciones y que estaba dispuesto a hacer todos los sacrificios que le fueran personales, en pro de la tranquilidad y la dicha de sus compatriotas; pero que, independientemente de los gobiernos de Puerto Rico y de Cuba, de quienes acababa de recibir recursos recientemente, él debía aún consultar a todos los comandantes de departamento, antes de tomar una determinación; que pedía cuatro días para reunirlos y dar una contestación categórica; que, por otra parte, los franceses no debían evanescerse tanto de sus triunfos de San Jerónimo y de Galard, cuyos resultados no eran ni más honorables ni más importantes que la victoria de Paio Hincado, y que, en todo caso, sus tropas pedían medirse por tercera vez con los franceses. Y agregó que él no había sido secundado por algunos oficiales de Puerto Rico, cuando el ataque de San Jerónimo, y que hubiera llegado probablemente a levantar el bloqueo, si Don Francisco Díaz que mandaba allí hubiera resistido un poco más. Se quejó también del Coronel Don Andrés Jiménez, sobre cuya firmeza lanzó algunas dudas.

El hecho es que Don Andrés Jiménez, cansado de obedecer a hombres que tenía derecho de mandar, y de compartir la vergüenza de sus operaciones, cuando en las deliberaciones su intervención no era sino pasiva y secundaria, se embarcó el 4 de febrero, a bordo de la flotilla de Puerto Rico, con algunos hombres del regimiento fijo de la misma isla.

Sánchez, para hacerse sin duda, las negociaciones más favorables, no descuidó reiterar a sus tres compatriotas las noticias de España y de Francia, y de hablarles de sus grandes recursos para continuar la guerra.

8 de febrero.

Por último, después de testimonios recíprocos de amistad, los comisionados pidieron autorización para retirarse y volvieron a Santo Domingo el día 8.

12 de febrero.

El 12, el Señor Don José del Orbe y el capitán del Estado Mayor Evrard, volvieron al cuartel general de Sánchez, para entregarle comunicaciones relativas al cambio de prisioneros, y protestar contra la continuación de los trabajos, cuya suspensión había sido explícitamente convenida.

El mismo día Don José Abreu, oficial de artillería y Joaquín de Mena, ayudante de Don Juan Sánchez, trajeron una contestación definitiva a las proposiciones hechas por los tres comisionados españoles.

Sánchez se explica categóricamente

Esta lacónica respuesta decía en sustancia que él estaba decidido a intentar de nuevo la suerte de las armas y que únicamente estaba dispuesto al cambio de los prisioneros respectivos.



Era evidente según eso, que Don Juan Sánchez y sus consejeros no estaban impelidos sino por motivos de ambición y de orgullo y que la vergüenza de dar un paso retrógrado, después de haber hecho resonar todas las colonias vecinas con el ruido de sus pretendidas victorias, le había dictado una resolución tan contraria al interés de su país.

Sánchez, en efecto, cediendo a la proposición que le fué hecha por los comisionados, de esperar la decisión de las cortes respectivas y de convenir con este motivo una tregua de seis meses, conservaba, al menos durante ese tiempo, un poder que solamente un fracaso podía hacerle perder; y si, como él se lo imaginaba locamente, Fernando VII reinaba en España y que la retrocesión tuviera lugar ¿no hubiera sido para él más honorable y más satisfactorio decir a su soberano: "Yo podía continuar la guerra contra los franceses, pero hubiera sido a expensas de la dicha y de la tranquilidad de mis compatriotas; he preferido conservar a V. M. una porción considerable de sus fieles súbditos, antes que intentar de nuevo las probabilidades inciertas de una guerra que no hubiera dejado en la parte Española sino un montón de cenizas y de cadáveres"?

Tales son los motivos que debían prevalecer en el corazón de Sánchez y de sus tenientes; pero el estado precario de un gran número de ellos, cuya fortuna estaba esencialmente ligada al éxito de una revolución que habían provocado, y el temor de no conservar los puestos y la consideración que debían sólo al estado de crisis en que tenían a su patria, les hizo tomar una determinación diametralmente opuesta al interés general.

Los parlamentarios de Sánchez se retiraron y fueron acompañados por el Capitán Gilberto Guillermin, que tenía orden de ir hasta el cuartel general, para declarar a Don Juan Sánchez que el General Barquier, después de haber cumplido con las consideraciones de humanidad y de paz que le prescribían su corazón y sus deberes, iba a recomenzar las hostilidades, en el momento mismo que expirara la suspensión de armas, y que no consentía al canje de los prisioneros respectivos sino en el caso en que este canje se efectuara dentro de los plazos de la tregua y con las restricciones propuestas por él.

Al observar Sánchez al Capitán Guillemin que el término para el canje era muy limitado, en razón de la gran distancia a que se encontraban los prisioneros franceses, este oficial respondió que al volver a seguir su curso las operaciones militares, estas no impedirían que, al llegar los prisioneros al punto divisorio pudiera tratarse de su canje por medio de un parlamentario.

Confidencia de Don Juan Sánchez a Don José del Orbe

Sánchez, que tenía motivos secretos para retardar una pacificación general, deseaba en lo más íntimo de su corazón una segunda oportunidad de renovar las negociaciones; él había

abierto su pecho con entera confianza a Don José del Orbe, su antiguo amigo, sobre las proposiciones ya entabladas y sobre las modificaciones que él juzgaba convenientes en el caso en que, para evitar la efusión de sangre, se conviniera en someter el asunto a la decisión de los gobiernos respectivos: llegó hasta el punto de confiarle las cláusulas sustanciales de la suspensión de armas y le rogó indicarle el modo de redacción usado en semejantes circunstancias, y hasta comprometió al Señor del Orbe a agregar en ellas algunas observaciones imparciales, a fin de evitar las lentitudes de la discusión y de llegar más prontamente al fin deseado. Exigió al mismo tiempo del Señor José del Orbe, la discreción más rigurosa sobre sus declaraciones confidenciales, hasta el momento en que la llegada de los prisioneros le proporcionara la oportunidad de enviar un parlamentario a Santo Domingo. El objeto de Sánchez, al aplazar una negociación tan importante, era preparar los ánimos exaltados de los jefes superiores a vías de conciliación que pudieran satisfacer las pretensiones recíprocas.

Convenciones tácitas cuyas posibilidades vislumbraba Sánchez.

Los artículos principales que debían, según Sánchez, servir de base a una paz estable y definitiva eran: 1º "Que como la guerra actual había sido emprendida por recomendación particular de los Dominicanos refugiados en Puerto Rico, era indispensable, en el caso en que Francia conservara la soberanía de la parte del Este de Santo Domingo, que el gobierno garantizara a cada individuo español que quisiera ir a vivir en los dominios de S. M. C. el goce de sus propiedades injustamente secuestradas por el General Ferrand".

2º "Que en el caso en que el Gobierno francés conservara la soberanía en la parte del Este de Santo Domingo, ningún individuo será molestado por su conducta política durante la guerra, y que los que ocupaban empleos civiles y militares anteriormente a los acontecimientos, continuarían ejerciéndolos bajo el gobierno francés".

3º "Que en el caso en que el gobierno francés, al conservar la soberanía sobre la parte del Este de Santo Domingo, quisiera emplear españoles para el restablecimiento de la tranquilidad en la parte francesa, ellos serían pagados y mantenidos del mismo modo que los soldados franceses y a expensas del gobierno".

4º "Que la religión y las ceremonias religiosas no experimentarían ningún cambio, y serían practicadas como lo eran bajo el gobierno español".

5º "Que en conformidad con el acuerdo de los cónsules sobre la conservación provisional de las leyes y usos españoles, el código Napoleón no se pondrá en ejecución sino en la época en que se organice definitivamente la colonia."

"6º— Que mientras dure la tregua, la vigilancia de los mercados establecidos para el comercio de las dos naciones, será confiado a comisa-



rios de policía escogidos por una y otra parte.”

“7º— Serán enviados a Europa comisarios franceses y españoles, a expensas del gobierno francés, con el fin de obtener de los gobiernos respectivos, una decisión definitiva sobre la suerte de la parte española.”

“8º— Que todas las reclamaciones por daños y perjuicios, por las pérdidas ocasionadas por los acontecimientos de la guerra, no se admitirán ni por una ni por otra parte.”

9º— Que no sería permitido al Gobierno de Santo Domingo, ni tampoco a él, y esto durante la suspensión de armas solamente, gravar con ningún impuesto a los españoles que están en el recinto de Santo Domingo, ni a los franceses que las circunstancias hayan colocado bajo su autoridad.”

Sánchez hizo una última observación al capitán Guillermin relativa a los soldados italianos cogidos en el fuerte de San Jerónimo y a sus papeles encontrados en su cuartel general el día 24; él reclamaba los unos y los otros, en caso de canje. El capitán Guillermin le respondió que los italianos, que eran considerados como desertores, no podían ser tratados como prisioneros ni por consiguiente comprendidos en el canje; que en cuanto a los papeles, estos habían sido diseminados por los soldados y que sería imposible reunirlos.

14 de febrero.— Llega un buque procedente de Cuba.

Las hostilidades recomenzaron el 14, por medio de los cañonazos de nuestra artillería sobre toda la línea enemiga. Destruímos esa misma noche tres líneas de gaviones que los revolucionarios habían preparado durante la noche para inquietar nuestros buques en la rada.

16 de febrero.— En la noche del 12, un buque procedente de Cuba, cargado con 40 mil libras (*) de azúcar vino a aumentar nuestros medios de existencia; y el 16, el enemigo, informado de que el capitán y el armador de ese buque eran españoles, hizo todo lo posible por echarlo a pique en la rada. En consecuencia, una pieza de cañón de a 4, fué colocada detrás de uno de los acantilados más elevados, en la boca del río y al abrigo de nuestras baterías de costas. Pudimos, sin embargo, por medio de bombas y obuses, neutralizar el efecto de esta pieza de cañón, que cesó sus fuegos al siguiente día.

17 de febrero. Falsa esperanza de los habitantes.

El 17, la vigía señaló cuatro buques al Este; los vecinos se subieron en tropel a los techos de las casas, en la creencia de ver realizar la esperanza que había hecho nacer desde hacía algún tiempo la noticia de la llegada próxima de una

(*) Millier— En la época en que se escribió este libro era el peso de mil libras. En la actualidad es el peso de mil kilogramos o sea la tonelada de mar. Hoy, si se trata de transportes de mercancías por ferrocarriles, caminos o canales el millier toma el nombre de Tonelada. Nota del Traductor.

división (*) francesa. Pero, su júbilo fué de corta duración: a las diez de la mañana, una fragata, una corbeta y un bergantín inglés enarbolaron su pabellón y reconocieron los fondeaderos de nuestra ciudad.

Nueva prueba de celo dada por el señor Botin.

En el mismo momento, un pequeño buque francés que venía de Curazao navegó cerca de tierra para ganar el puerto; el bergantín envió sus lanchas para impedirle llegar a tierra, pero el bravo capitán Botin, cuya falúa estaba anclada, se hizo a la vela inmediatamente y obligó a las lanchas a alejarse, e hizo entrar la goleta en el puerto, bajo su protección.

Este marino, tan desinteresado como intrépido, había merecido ya, en varias circunstancias difíciles, por las reiteradas pruebas que dió de su humanidad y de su abnegación, la estima y el agradecimiento de todos los franceses. La gaceta del 15 de febrero, se expresaba, respecto de él, en estos términos.

“Si los sacrificios hechos a la sociedad dan derechos incontestables al reconocimiento de los contemporáneos y al recuerdo de la posteridad, los habitantes y la guarnición de Santo Domingo deben a las virtudes cívicas y al patriotismo del Capitán Juan Botin, los homenajes más merecidos, y es en esta Gaceta que esa expresión debe ser más especialmente contenida y el motivo consagrado.” Armador y capitán del corsario francés el José, este industrioso y leal marino ha dado en circunstancias difíciles, pruebas de un desinterés muy generoso, para no ser citado con elogios, muy particularmente en un tiempo en que el egoísmo más vil, y la indiferencia más vergonzosa han sido y son muy generalmente los sentimientos directores de las acciones de algunos otros franceses, que hubieran podido, como el Señor Botin, rodearse de la estimación pública, y que han preferido el oro al honor.”

“En un momento en que el hambre había reducido a la clase indigente de los habitantes de Santo Domingo a las más crueles privaciones, una presa cargada de arroz cae en sus manos. Los especuladores le ofrecen 50 y 60 pesos por el quintal, pero el estimable Sr. Botin rechaza estas proposiciones: “Yo no abusaré absolutamente, contestó, del estado en que nos encontramos; yo no he especulado con la miseria pública.” Se dirige a los administradores y a las personas que, por sus condiciones, deben interesarse por la suerte de todos los ciudadanos, y les cede su cargamento a 25 pesos el quintal, bajo la expresa condición de que el arroz sea distribuido a ese precio a todos los habitantes en proporción a las necesidades reales de cada uno. Poco tiempo después, se embarca en su corsario, hace otra presa, y a pesar de los peligros que ella corría de ser arrebatada por los cruceros ingleses, su celo por la cosa pública y la posición

(*) División — Marina — Parte de una armada, siempre de más de dos buques y menos de nueve.— Nota del Traductor.



de la plaza de Santo Domingo, le deciden a enviarla para ese puerto, sin consultar su interés personal.— En otra presa encontró un rico cargamento de mercancías secas; el capitán capturado le ofrece volver a comprársela a muy buen precio; pero el Sr. Botin rehusa, y prefiere cambiarlas con pérdida por comestibles que desea enviar a sus conciudadanos de Santo Domingo.”

“Es así como, honrando su profesión, utilizó en ella los beneficios aventurados, doblemente dichoso y muy digno de serlo, porque la fortuna y la opinión pública, tan amenudo en oposición, le han sonreído al mismo tiempo.”

“La conducta del capitán Botin, que ha servido tan bien a sus compatriotas, será sin duda imitada; el ejemplo dado por él no se perderá, y solo nos falta, desear que su patriotismo sea conocido de un gobierno justo y remunerador”.

19 de febrero: El 18 y el 19 la estación inglesa continuó el bloqueo del puerto y se comunicó frecuentemente con los rebeldes; se supuso, y esta opinión no estaba desprovista de verosimilitud, que ella se ocupaba en la rada de la Caleta, en desembarcar algunas piezas de artillería y tropas. Se hacía necesario para nosotros hacer fracasar esos preparativos tan peligrosos para la ciudad, haciéndonos dueños de la orilla izquierda del Ozama.

Sánchez, después del combate de Galard, que le había quitado todas sus esperanzas en la parte del Oeste, había vuelto a cruzar precipitadamente ese río, que él consideraba como la única barrera invencible entre él y los franceses. Con la idea de que nosotros no osaríamos jamás franquear ese obstáculo, se entregaron al recuerdo lisonjero del triunfo de Palo Hincado, y a la esperanza de ver sonreír de nuevo la fortuna en esos mismos campos, en que ella le había sido tan favorable, en el caso en que hiciéramos algunas tentativas de ese lado. Al concentrar, además, la mayor parte de sus fuerzas en la orilla izquierda del río, él era dueño del puerto, cuya entrada no era ya accesible a nuestros buques, y se consolaba de los desastres que había experimentado en San Jerónimo y en Galard, con la quimérica idea de no haber abandonado absolutamente el bloqueo de Santo Domingo.

Refuerzo recibido por el ejército de Sánchez.

Francisco Esteves, a la cabeza de 500 hombres, a marchas forzadas había efectuado su unión con la división del Este, que contaba próximamente 1000 hombres de infantería y 400 de caballería: todo concurría, pues, a inspirar a Sánchez esta confianza ciega, inseparable de la impericia y del orgullo, que le había deslumbrado, en las conferencias del 7, del 11 y del 12 de febrero.

Revista de las tropas francesas por el coronel Aussenac.

El 19, el coronel Aussenac recibió la orden de pasar revista al bravo ejército expedicionario destinado a cruzar al siguiente día el río Ozama.

El enemigo ocupaba en la opuesta orilla posiciones extremadamente ventajosas, fortificadas por el arte y por la naturaleza. La izquierda y la derecha del camino, para llegar allí, estaban defendidos por reductos formados con sacos de arena, cuya elevación y aspereza hacían el acceso muy difícil; a tres cuartos de legua próximamente, una segunda línea de trincheras protegía esos reductos y debía servir de punto de reunión, en el caso en que las primeras trincheras fueran forzadas: era necesario, en fin, para llegar hasta la estancia llamada Ferreira, último baluarte de Sánchez, apoderarse de dos trincheras defendidas por 1.500 infantes de sus mejores tropas, y 400 hombres de caballería.

20 de febrero. Paso del Ozama y toma de las trincheras de Manganagua.

En la noche del 19 al 20, el teniente de navío Guignot, oficial inteligente y activo, tomó las medidas necesarias para efectuar el paso del río, frente al enemigo y en un lugar en que pueda tener próximamente 150 pasos geométricos (*) de anchura.

El 20, a las 7 de la mañana, el ejército a las órdenes del coronel Aussenac, dividido en dos columnas, fué dirigido a todos los puntos en que debía pasar el río. El Señor Pedro Mouilla, comandante del puerto atravesó el río con intrépidez y fué a echar, bajo el fuego del enemigo, el ancla que debía servir para remolcar los botes de transporte. La columna de la derecha estaba comandada por el Jefe de batallón Vassimón, y la de la izquierda iba bajo las órdenes del Jefe de batallón Fortier.

Los primeros pelotones que se presentaron en la orilla, soportaron primeramente el fuego del enemigo, que parecía dudar todavía de la audacia de nuestro proyecto; pero en el mismo momento, veinte piezas de cañón, que llevaban en sus entrañas la destrucción y la muerte, destruyeron las trincheras de los españoles, y al ruido de su fusilería sucedió el silencio del terror que ellas habían producido.

El río ya libre, ofreció al mismo tiempo el espectáculo más terrible y más imponente. Dieciseis botecitos, bogando sobre las ondas, coronadas de un humo guerrero, depositaron muy pronto en la orilla izquierda, la intrépida legión colonial, orgullosa con sus anteriores triunfos e impaciente por adquirir otros nuevos.

Los 140 valientes que la componían tenían a su cabeza al Jefe de batallón Savary, al Capitán Théard, y al teniente Gaujean, acostumbrados desde hacía cinco meses a ver huir delante de ellos las falanges españolas.

Nuestra formidable artillería, en el momento en que estas tropas llegaron a la orilla izquierda, hizo retumbar de nuevo el rayo por todas partes; su furor no podía compararse sino a la actitud amenazante de nuestros soldados y a la ce-

(*) Paso geométrico: medida de 5 piés, equivalentes a 1 metro y 393 milímetros.— Nota del Traductor.



leridad de nuestros marinos, encargados de transportar el resto de nuestras tropas.

En menos de una hora, los 800 hombres que componían el ejército expedicionario salvaron la distancia que los separaba del enemigo y su ardor se aumenta a la vista de las mujeres que, subidas a los techos de las casas, hacían votos por el feliz éxito de nuestras armas.

A las ocho, las tropas se ponen en marcha; la cresta de los repechos del río había sido evacuada por el enemigo, que se había replegado después de una débil resistencia, hacia las trincheras de Manganagua.

La columna de la derecha recibió orden de recorrer todas las posiciones precedentemente ocupadas por los revolucionarios, mientras que la de la izquierda continuaría su marcha por el camino real, en donde tenían que reunirse las dos.

Por fin, después de tres cuarto de hora de una marcha durante la cual tuvimos que sufrir sucesivamente el fuego de todas las avanzadas, la vanguardia de la columna de la izquierda, compuesta de los cazadores coloniales y de la 37a. media-brigada, descubrieron y atacaron los atrincheramientos en que se habían reunido todas las fuerzas enemigas.

Esta línea de trincheras, defendida por 1900 hombres ocupaba un espacio de 140 pasos geométricos; tanto su izquierda como su derecha estaban apoyadas en un buque y su frente protegido por dos carronadas de a 12, cuyo fuego era cruzado.

La imprudente, pero valerosa impetuosidad de los cazadores coloniales, imitada por la 37a. media-brigada, que se separó bruscamente de la columna, para participar de la gloria de los primeros, pudo resultar fatal a los unos y a los otros.

Un fuego terrible de fusilería y dos descargas de artillería nos pusieron 30 hombres fuera de combate y forzaron nuestra vanguardia a desplegarse sobre el resto de la columna, que volvió a ganar en seguida el terreno que se acababa de perder.

Mientras que la columna de la izquierda estaba así empeñada con el enemigo, el jefe de batallón Vassimón, a la cabeza de la columna de la derecha, envolvía a través de los bosques la izquierda de las trincheras; la rapidez de su movimiento y el ataque vigoroso de las dos columnas reunidas determinaron la fuga de los rebeldes y la captura de sus trincheras, a las que el Señor Daram, capitán de granaderos de la 5a. media-brigada, y Theard, capitán de los coloniales, fueron los primeros en penetrar.

El enemigo, en plena derrota, perseguido a más de una legua del campo de batalla, abandonó un rico botín a los vencedores, con cuatro piezas de artillería, de las cuales dos no habían sido colocadas todavía.

Según confesión de los mismos enemigos, su pérdida alcanzó a 150 muertos y 55 heridos. La

nuestra fué de cien hombres entre muertos y heridos.

El Coronel Aussenac vino inmediatamente a ocupar las posiciones, en la orilla izquierda del río, que teníamos la intención de conservar.

En su informe al General en Jefe, el coronel Aussenac se muestra satisfecho muy particularmente de la inteligencia y del valor de sus dos Jefes de columnas, los tenientes coroneles Vassimon y Fortier, así como de la conducta de los oficiales de las tropas de línea y del estado mayor; la compañía administrativa sostuvo en esta circunstancia la reputación de valor que se tenía adquirida. El señor Rouillé se hizo notar por su mucha intrepidez y fué herido.

El único reproche que el Coronel Aussenac se creyó con razón de hacer, en esta jornada gloriosa, en la que todas las tropas en general rivalizaron en bravura y en emulación, fué a los cazadores coloniales y a la 37a. media brigada, cuyo imprudente e impetuoso valor había contrariado por un instante las disposiciones de simultaneidad que debían asegurar la victoria. El coronel aprovechó al mismo tiempo esta ocasión para recordar a las tropas que en la subordinación consiste toda la fuerza de los ejércitos.

Los franceses se atrincheran en la orilla izquierda del Ozama.

Después del combate del 20 de febrero, se dieron órdenes al director del Cuerpo de Ingenieros de ocuparse inmediatamente en fortificar las alturas de la orilla izquierda que deseábamos conservar, para defender la libertad del puerto.

22 de Febrero.

Encuentro de las patrullas enemigas; combate general en esta ocasión.

El día 22, a las seis de la mañana, nuestras tropas efectuaban un reconocimiento y al encontrar las avanzadas enemigas, próximamente a un cuarto de legua de nuestro campamento, se entabló con ellas un vivo tiroteo. La columna de la derecha, a las órdenes del Coronel Vassimon, a quien su conducta distinguida en los combates de San Jerónimo, de Galard, y de Manganagua, había hecho ascender a este grado, así como el teniente coronel Fortier, que ocupaban las posiciones más inmediatas, marcharon en seguida adelante para apoyar el fuego de nuestras tropas. El enemigo, al replegarse, iba engrosando filas progresivamente con los cuerpos distribuidos en el camino y destinados a defender los aproches del cuartel general de Sánchez, que se encontraba en la habitación Ferreira, a una legua de Santo Domingo.

El combate se hizo general en las antiguas trincheras de Manganagua, donde el enemigo había reconcentrado por segunda vez todas sus fuerzas: fué arrojado de allí nuevamente, pero oponiendo una vigorosa resistencia, y efectuó su retirada con menos precipitación que en los combates precedentes, hasta el momento en que Carvajal, a la cabeza de 800 hombres de tropas fres-



cas, reunió los fugitivos y volvió a comenzar el combate.

El coronel Aussenac, juzgando por la violencia del fuego y la tenacidad de los revolucionarios, que se las había con 1900 hombres reunidos, y no disponiendo sino de 350 que oponerles, después de haberlos perseguido hasta un cuarto de legua de las trincheras, ordenó a sus tropas formarse en columnas cerradas y retirarse en buen orden, por escalones, hasta las trincheras, en donde el fuego había cesado de una y otra parte; nuestras tropas volvieron a ocupar las posiciones de la orilla izquierda, en las que habían quedado 400 hombres en observación, bajo las órdenes del coronel Fortier.

Esta acción, en la que tuvimos la gloria de tomar de nuevo por asalto las trincheras avanzadas del enemigo con fuerzas tan desiguales, ha sido demasiado mortífera, y lo hubiera sido mucho más, si las sinuosidades del camino y la espesura de los bosques que lo avecinan no hubieran neutralizado el fuego de los combatientes. Tuvimos en este encuentro, cuarenticinco hombres heridos y quince muertos en el campo de batalla; y la pérdida del enemigo fué más considerable que el combate del 20 de febrero.

La muerte del Señor Poiré, teniente de granaderos de la 5a. media-brigada, ha producido la más profunda pena. Ese valiente oficial, después de haber salvado a un sargento mayor francés de las manos de cuatro españoles, fué muerto de un tiro de fusil, en el momento en que perseguía a uno de los jefes enemigos que había sido herido y cuando ya estaba a punto de alcanzarlo.

El enemigo efectúa una diversión en el fuerte de San Jerónimo.

Ese mismo día, los movimientos de la división inglesa y la aparición de una columna enemiga frente al fuerte de San Jerónimo, dieron lugar a pensar que el enemigo había tratado de efectuar una diversión en esta parte, para realizar con mejor éxito un ataque combinado sobre las posiciones de la orilla izquierda del Ozama; pero este proyecto fué frustrado por la vigilancia de nuestras patrullas, que nos hicieron conocer los designios del enemigo. Sin embargo, para probar a Sánchez que nosotros no contábamos con el número, para resistir a sus ataques, 150 granaderos recibieron la orden de volver a atravesar el río a fin de observar los movimientos del enemigo y de librar el fuerte de San Jerónimo, en el caso en que fuera atacado. El coronel Aussenac reconoció, en efecto, la posición del enemigo que ocupaba la estancia del General Ferrand y el Belvedere, pero los revolucionarios se retiraron al acercarse el coronel, juzgando, sin duda inútil su tentativa por la firmeza de nuestros granaderos y su buena disposición para recibirlos.

El coronel Vassimón se atrinchera en la orilla izquierda.

Sin embargo, el coronel Vasimón, cuya colum-

na se había debilitado en, próximamente 200 hombres, sentía la necesidad de concentrar sus fuerzas en la posición más elevada de la orilla izquierda; hizo, pues, construir, precipitadamente, una línea de trincheras con sacos de arena, al rededor de su campamento, y colocar dos piezas de campaña para defender su infantería. Cien obreros se ocuparon, en seguida, en despejar a distancia de dos tiros de fusil, los aproches de esta nueva fortaleza rodeada de bosques espesos, a fin de ponerla al abrigo de una sorpresa o de una atrevida tentativa.

El enemigo trató inútilmente de interrumpir nuestros trabajos, inquietando a los trabajadores; las trincheras fueron concluidas en 24 horas, y este débil baluarte, levantado precipitadamente, contra un enemigo poco acostumbrado a la guerra, nos aseguró el fruto de las victorias de los días 20 y 22 de febrero.

El coronel Vassimon, los tenientes coroneles Daram y Cottenet, el bravo capitán Theard que recibió un balazo, y una infinidad de oficiales de todas las armas, sostuvieron en esta acción, la más larga y más reñida de todas, la reputación de valor que ellos han merecido desde el principio de esta guerra.

23 de febrero. El día 23, el general en Jefe hizo colocar dos piezas de cañón de 16 en el fuerte de San Jerónimo, para alejar al enemigo que diariamente se presentaba a tiro de cañón e interrumpía las comunicaciones.

Esta continuidad de desastres hubiera debido desengañar a los habitantes de la parte del Este de Santo Domingo; pero, arrastrados por el espíritu de rebelión, preferían la ociosidad de los campos, a los dulces hábitos del trabajo, para venir a afrontar peligros de que los alejaban sus costumbres y su carácter naturalmente pacífico. El general Barquier pensaba que la circunstancia era favorable para una reconciliación; él había dado los primeros pasos, pero habían sido acogidos con el tono de desconfianza ordinario en hombres cuyo corazón está más inclinado a la perfidia que a la generosidad. Sánchez no podía creer que el gobierno hiciera así el sacrificio de su resentimiento, al bien general, sin duda porque él raciocinaba de acuerdo con principios contrarios.

24 de febrero.
Don José del Orbe renueva sus tentativas con Sánchez.
Ellas no son aprobadas por el Gobierno.

A pesar de eso, el 24, el Señor Don José del Orbe, a quien se ha visto figurar en las conferencias de los días 7, 11 y 12 de febrero, solicitó permiso para ir, como simple particular, al campamento de Don Juan Sánchez, a quien había dejado el 12 en disposiciones pacíficas. El fundaba el éxito de la nueva diligencia que iba a intentar, en las victorias de los días 20 y 22, cuyos resultados gloriosos, disminuyendo las pretensiones de los rebeldes, debían necesariamente darle un gran ascendiente en el ánimo de Sánchez, según las nociones seguras que él decía te-



ner sobre las intenciones y la moderación de este Jefe revolucionario.

El Señor Don José del Orbe, cuyo carácter conciliador y su buen juicio eran conocidos de los Jefes del gobierno, se puso en camino, animado del deseo sincero de hacer cesar el azote de la guerra y de emplear para conseguirlo toda la influencia que le daban sus antiguas relaciones de amistad con el Jefe de los rebeldes. Esta medida dictada por la humanidad y adoptada por la clemencia de los vencedores, les estaba al mismo tiempo ordenada por la necesidad más imperiosa; habíamos llegado a la verdad, por nuestro valor y por nuestra constancia en luchar desde hacía cinco meses contra todas las privaciones y todos los peligros, a tal punto de no poder sino morir o vivir gloriosamente: pero el hambre había llegado a su más alto grado, y la módica ración de maíz, que sostenía desde hacía un mes la desgraciada existencia de nuestros soldados, iba a concluirse dentro de ocho días. Abandonados por el universo entero, a dos mil leguas de su patria, el honor solo reanimaba sus fuerzas agotadas por los horrores del hambre y los esfuerzos de ese montón de enemigos de que estaban rodeados.

En esta situación espantosa, la esperanza de salvar el país nos ayudaba a soportar nuestros males, y su prolongación no tenía nada de pavorosa para hombres que, con la vista fija en la Francia victoriosa de todas las naciones, no aspiraban sino a la gloria de compartir sus triunfos y no contaban los días sino por los combates que tenían que sostener. Don José del Orbe, de una apariencia sencilla y modesta, llegó al cuartel general de Don Juan Sánchez y le encontró rodeado de un séquito brillante y numeroso de oficiales españoles e ingleses, cuya arrogante actitud no era absolutamente compatible con los acontecimientos que acaban de ocurrir. Sin embargo, después de los cumplidos de costumbre, Sánchez hizo entrar al Señor del Orbe en un apartamento separado, a fin de conversar sólo con él.

Don José del Orbe había comenzado a recordar a Sánchez las proposiciones amistosas y confidenciales del 12 de febrero, cuando este último, para eludir toda explicación ulterior, respondió que aquello que era admisible hacía ocho días no lo era ya hoy. No era difícil reconocer en esta lacónica respuesta, la influencia de la perfidia inglesa, haciendo todo lo posible para continuar la guerra desastrosa que ella había suscitado, esparciendo con tanta impudencia como exageración, los pretendidos éxitos de los españoles en Europa, para sostener las esperanzas de estos últimos. Fué inútil que Don José del Orbe opusiera, a las consideraciones de ambición y de orgullo que dominaban entonces en el corazón de Sánchez, los principios de humanidad y de interés público; él les trazó inútilmente el cuadro desolador de las desgracias que su obstinación iba a atraer sobre su país y principalmente sobre los infortunados habitantes de Santo Domingo. Les hizo considerar los resultados tan enojosos como inevitables de una resolución cuya odiosi-

dad iba a recaer un día sobre él sólo, en razón de su responsabilidad, y por fin para no omitir ningún medio de persuasión, le hizo estudiar las cosas desde el punto de vista de su interés particular, diciéndole: "Vos iréis a tratar de igual a igual con un oficial general francés y conservaréis mientras dure la tregua. la misma autoridad que si fuérais un pacífico propietario del interior del país. ¿Y no contais para nada, además, la dulce satisfacción de detener la efusión de sangre de vuestros compatriotas, y de darles un día el ejemplo de obediencia, cuando la autoridad soberana haya hablado?"

Sánchez, vivamente conmovido con los razonamientos de su antiguo amigo, no pudo objetar nada a esos argumentos tan concluyentes. Vaciló un momento sobre el partido que debía tomar; pero el atractivo seductor de un poder que temía perder en la paz, prevaleció sobre las consideraciones generosas del bien público. Aconsejó a Don José del Orbe a retirarse y a poner su confianza en la Providencia. Este último, al despedirse, le puso en las manos el documento que contenía los artículos de la suspensión de armas, y lo invitó a leerlos con atención, en uno de esos momentos en que su corazón fuera accesible a los sentimientos de la humanidad y del interés general. "Nuestros desgraciados compatriotas, agregó Don José del Orbe, que motivos de desconfianza muy excusables en los franceses, han hecho encarcelar, esperan con la impaciencia de la desesperación, los resultados del paso que acabo de dar. Vos podéis hoy hacer terminar su prisión o prolongarla." El Señor Don José del Orbe no disimuló a Sánchez las dudas que recaerían sobre la lealtad de su conducta por la inutilidad de su intervención y los peligros que serían la consecuencia de ello. Sánchez lo invitó entonces a quedarse, prometiéndole indemnizarlo generosamente por el sacrificio que él le pedía. Pero Don José del Orbe prefirió el honor a la vida y volvió a Santo Domingo, donde estaba bien seguro de conservar la estimación de los franceses honrados y razonables.

Sentimos desde entonces la necesidad de reparar las pérdidas que habíamos sufrido en los diferentes combates, para estar en condiciones de continuar la guerra. La ciudad de Santo Domingo, encerraba en su recinto una cantidad considerable de negros domésticos, sobre cuya valentía y fidelidad podíamos contar.

25 de febrero.

Creación de una compañía de negros libertos.

El coronel Aussenac, autorizado por el General Barquier, organizó el día 25 una compañía de cien hombres, a los cuales el gobierno concedió la libertad, imponiéndoles la condición de servir durante ocho años bajo las banderas del Imperio; correspondieron perfectamente a la idea que se había formado de ellos y en lo sucesivo tuvimos oportunidades frecuentes de admirar su valor y su adhesión al país que los había adoptado.

.. 27 de febrero. Los días 26 y 27 fueron emplea-



dos en los trabajos del reducto del Ozama levantado en la orilla izquierda de este río.

Parlamentarios inglés y español.

El día 27, dos parlamentarios, uno español y otro inglés, llegaron a Santo Domingo; los motivos aparentes de su misión eran de poca importancia y se pudo presumir que el objeto real de ella era conocer la situación de la ciudad y el efectivo de la guarnición.

El parlamentario español trajo al General una nueva intimación y la lista de los prisioneros de Seibo, y el oficial inglés reclamó la casaca de un capitán de artillería y la medalla que le había sido concedida por Selim III, emperador de los turcos. Esos efectos habían sido encontrados, cuando la toma de las trincheras de San Jerónimo, en el cuartel general de Sánchez. El oficial inglés ofreció un rescate por esos dos objetos; el coronel Aussenac, a quien habían sido entregados los envió al Capitán Cornaly con la carta siguiente:

28 de febrero.

Carta del Coronel Aussenac al capitán inglés Cornaly.

"Señor:

"Aprovecho complacido la única ocasión que se ha presentado desde el 24 de Enero, día en que la casualidad hizo caer en mis manos la casaca y la medalla que os pertenecen, para remitiros esos objetos. En cuanto al rescate que habeis hecho ofrecer, os ruego creer, que el único precio digno de un oficial francés que sabe reverenciar el valor, es la satisfacción que él experimenta al devolver a un valiente oficial las condecoraciones honoríficas que atestiguan su intrepidez y su mérito."

"Aceptad, Señor, la seguridad de los sentimientos distinguidos con los que tengo la honra de suscribirme, &c."

"Santo Domingo, 28 de febrero de 1809."

1º de marzo.— El primero de marzo, los buques ingleses, sin duda para atestiguar su reconocimiento a sus fieles aliados, de los que se llevaban todas las piezas de caoba, hicieron un aparato ridículo de atacar el fuerte de San Jerónimo. El navío, las dos lanchas cañoneras españolas, seguidas de una goleta, un barco, un bergantín, y varias obuseras (*) pequeñas, armadas con morteros, se aproximaron al fuerte de San Jerónimo, al que cañonearon próximamente durante una hora y media, sin otro resultado que la muerte de un caballo que estaba en el monte, a un cuarto de legua del fuerte, cuya artillería desarboló por completo una lancha cañonera española.

Los cazadores coloniales y la compañía de negros liberos se trasladaron, durante este insignificante cañoneo, a la estancia del General Ferrand para observar los movimientos del ene-

(*) Obusera.— Lancha armada con un obús, o mortero pequeño para disparar granadas.— Nota del Traductor.

migo. Los españoles se habían presentado sobre una altura y nuestras tropas los desalojaron y pusieron en fuga, después de haberles muerto dos hombres y tomádoles tres caballos.

2 de Marzo.— El dos de marzo, el General envió parlamentarios a bordo de los buques ingleses, para llevar la respuesta a una carta del almirante Rowley, comandante de la estación de Jamaica, que trataba del cambio de algunos prisioneros.

Los Señores Evrard y Gilberto Guillermin, capitanes de estado mayor, y Guignot, oficial de marina, fueron muy bien acogidos por el capitán Birth, comandante del bergantín el Sparrow, y por él supieron la marcha triunfante de los franceses hasta Madrid: pero él agregó, que un ejército de sesenta mil ingleses, bajo las órdenes del General Moore había detenido su impetuosidad, aunque él ignoraba los resultados de la batalla que tuvo lugar al encuentro de los dos ejércitos.

El capitán Birth confirma a los oficiales franceses el plan de una diversión del 20 al 22 de febrero.

El capitán Birth, que, durante el cañoneo del día anterior había mostrado la mayor audacia e intrepidez, manifestó a los oficiales franceses su admiración por la rapidez con que acudieron nuestras tropas al fuerte de San Jerónimo; y se quejó de la conducta de los españoles, con los cuales era imposible, según él, concertar ninguna operación.

En efecto, había sido convenido, tal como lo habíamos juzgado ya, y lo que fué confirmado después por el capitán Birth, que los buques ingleses vendrían el 22 a llamarnos la atención con un vigoroso cañoneo al fuerte de San Jerónimo, mientras que los revolucionarios atacarían con todas sus fuerzas tanto las trincheras de la orilla izquierda del río como al fuerte, en el cual, en caso de éxito debían los ingleses colocar una guarnición de sus tropas de marina con algunos artilleros.

Ese plan, combinado probablemente en uno de esos momentos en que el vino de Madera había electrizado las cabezas de los españoles y de los ingleses, no había parecido, en la mañana siguiente, de tan fácil ejecución, a lo menos, para los primeros; pues los ingleses realizaron el movimiento convenido, sin el concurso de sus fieles aliados, quienes a penas se dejaron ver en la mañana. El Capitán Birth tuvo dos hombres heridos en su buque, por la metralla del fuerte; ignoramos lo que ocurrió a bordo de los otros buques; pero nos convencimos después, que la constancia de los ingleses en cruzar delante de nuestro puerto, no era del todo desinteresada, pues el bergantín el Sparrow, tenía su entrepuente atestado de magníficas piezas de caoba.

4 de marzo. Discurso del coronel Aussenac a los soldados franceses.

El día 4, el coronel Aussenac juzgando que era necesario estimular las tropas a la perseverancia y prevenirlas contra las instigaciones de algunas personas malintencionadas, que deseaban hacerlas desviar del sendero del honor y de la gloria,



les dirigió, en la orden del día, el siguiente discurso:

“Soldados!

“Vosotros habéis alcanzado la admiración no solamente de vuestro gobierno sino también de vuestros propios enemigos, por vuestro valor en los peligros y por vuestra constantancia en soportar las largas privaciones de esta guerra. ¿Por qué fatalidad, en el momento en que vais a recoger el fruto de tantos trabajos, os dejáis convencer por los pérfidos consejos de los enemigos de vuestra gloria?

“¿Por qué fatalidad, perdiendo hasta el sentimiento de vuestra propia conservación y del honor, que debe seros aún más caro que la vida, os dejáis abatir por los sufrimientos, que solo son momentáneos, y que un bravo soldado francés, debe vanagloriarse de soportarlos con paciencia?

“Soldados! Si por acaso existen entre vosotros hombres tan despreciables, que prefieran las miserias de una vil esclavitud, a la resolución valerosa de sufrirlo todo antes que perder el ánimo, y abandonar el puesto honroso que se les ha confiado, que salgan de las filas de los valientes y que vayan a reunirse con los bandidos enemigos de la patria! las puertas les serán abiertas!

“Pero ¿qué esperan esos hombres tímidos de su conducta vergonzosa y criminal? despreciados por los ingleses que no aprecian sino al soldado bravo y disciplinado, se consumirán en las horrosas cárceles reservadas a los cobardes que la patria ha arrojado fuera de su seno, o serán degollados por esos mismos españoles, cuya amistad habían buscado.

“Esa es la suerte que os espera, si, desatendiendo los consejos de vuestros jefes, persistís en vuestra insubordinación.

“Mostraos superiores a vuestra desgraciada posición; no olvidéis jamás que la Francia tiene sus miradas fijadas en vosotros, y que ella tomará en consideración un día los sacrificios generosos que le hayais hecho.

“Los malos soldados se lisonjean en vano provocando con sus quejas la determinación humillante de una vergonzosa capitulación. Que esas almas de cieno sepan que no debemos esperar ningunha capitulación de parte de los ingleses, y que es preferible la muerte a la idea de rendir nuestras armas cubiertas de laureles a esas horridas de viles rebeldes.

“Continuemos, soldados, buscando en el exterior los medios de existencia que la fortuna nos niega, y muy pronto, cansada de perseguirnos, ella se volverá tan pródiga con nosotros, como ha sido injusta y bárbara.

“En Europa, hemos triunfado de la nación española y José Napoleón ocupa el trono de España, en donde el valor de nuestros compatriotas lo ha colocado; imitemos aquí sus valerosos esfuerzos! y que nuestra paciencia para soportar los horrores del hambre, sobrepase, si es posible, vuestra intrepidez en los combates.

“Y vosotros, granaderos, cuyo nombre solo es un talismán de honor y de emulación, jurad mantener esta subordinación, sin la cual no existe el ejército! no sufráis que algunos cobardes, que

prefieren la vergüenza de rendirse, a la gloria de combatir, empañen en un instante los laureles de una campaña entera”.

Esta orden del día produjo en el ánimo de las tropas toda la impresión que debía esperarse.

5 de Marzo. Contestación de los soldados

Al día siguiente, una diputación de sargentos y soldados de la 89a. media brigada se dirigió a casa del coronel Aussenac; su silencio al acercarse a este Jefe, a quien estiman y a quien aman, es el primer testimonio de respeto que ellos le dan. “Coronel, dijo por fin un viejo soldado; la conducta irreflexiva de algunos jóvenes militares, ha provocado, sin duda, los amargos reproches que nos habeis dirigido en vuestra orden del día; pero, nosotros venimos a solicitar vuestra indulgencia para con ellos, y la conservación de vuestro aprecio para nosotros.

“No soportaremos jamás que se cometan nuevos atentados contra la subordinación; y, por el contrario, estaremos dispuestos a sufrirlo todo por hacernos dignos del nombre de soldados franceses; soportaremos el hambre y la fatiga con la misma resignación y la misma constancia que en el pasado, sin permitirnos la menor reclamación”.

El coronel despidió a sus bravos compañeros, dándoles la seguridad de que él jamás había dudado de sus generosas disposiciones y aconsejándoles moderar las cabezas efervescentes de esos jóvenes poco acostumbrados a las duras privaciones de la guerra.

6 de Marzo (1809).

Llegada de la goleta El Bello Narciso (*) antes llamada “La Afortunada”.

El día 6, el júbilo fué universal en Santo Domingo; esto era ocasionado por la venida inesperada de una goleta que traía 150 barriles de harina, despachada por el Capitán Begon, comandante del aviso del Estado “La Centinela”. Este bravo oficial, pundonoroso y diligente, por medio de una operación prudentemente combinada, se había procurado este cargamento en San Bartolomé; (**) el deseo ardiente que tenía de socorrer a sus desgraciados compatriotas; su infatigable actividad, y esa Providencia, en fin, que secunda siempre las buenas intenciones, todo concurrió a hacer llegar a buen puerto al señor Aury, capitán de la goleta “El Bello Narciso”, a pesar del crucero riguroso de los ingleses en la entrada del puerto. Hay que imaginarse 4.000 personas, que durante un mes devoraban caballos, mulas, asnos, perros y gatos, cueros viejos, las yerbas de las calles y algunas yucas que era necesario diariamente ir a arrancárselas al enemigo con la bayoneta, para juzgar el efecto que produjo la llegada de esos socorros.

(*) El texto francés dice: “le beau Narcille” — No conocemos esa palabra y creemos sea error de imprenta y por eso la hemos traducido Narciso, personaje legendario célebre por su belleza, enamorado de si mismo, personificación de la flor llamada Narciso.

(**) San Bartolomé; antilla francesa, llamada vulgarmente Saint Bart o San Bart, al S. E. de San Martín. Nota del Traductor.

Puede decirse con razón, que los señores Begon y Botin, contribuyeron, en competencia uno y otro en esas desgraciadas coyunturas, a salvar la ciudad de Santo Domingo. El Gobierno reconocerá sin duda algún día los señalados servicios de esos dos bravos marinos; pero ellos gozan ya de la gratitud y de la estimación de sus infortunados compatriotas, cuyas desventuras aliviaron; y esta dulce satisfacción es la más digna recompensa de los corazones generosos.

Los ingleses mismos se han complacido varias veces en rendir homenaje a los dignos sentimientos manifestados por el capitán Begón en las cartas dirigidas por él al General Barquier, e interceptadas por ellos.

Este feliz acontecimiento, al reanimar nuestras esperanzas, produjo necesariamente un efecto contrario en el ánimo de nuestros enemigos. Sánchez trató, desde entonces, de hacer creer en su campamento que nosotros no habíamos recibido sino 200 barriles vacíos; pero, la distribución de pan que hacíamos a los soldados, y el informe de los españoles, que hacíamos salir diariamente de Santo Domingo, les hicieron conocer muy pronto que nuestros nuevos medios de existencia eran muy ciertos y que alejaban el momento tan deseado por él de obligarnos a abandonar la plaza.

7 de Marzo.— Los merodeadores continuaron, sin embargo, sus correrías en los alrededores, y el 7 de marzo, la recapitulación de los alimentos que teníamos almacenados, nos ofrecía la consoladora perspectiva de poder luchar, todavía durante cuarenta días más, contra el hambre y contra los esfuerzos del enemigo que nos asediaba.

8 de Marzo.— El día 8 en la noche, una mujer hecha prisionera en el merodeo del 6, volvió a Santo Domingo; ella traía una carta de Sánchez al General Barquier, relativa al buen trato que él daba, según decía, a sus prisioneros franceses. Esta carta venía acompañada de una nueva intimación, y de una respuesta tardía del coronel Kindelán, gobernador de Santiago de Cuba, a diferentes cartas del General Ferrand relativas al advenimiento de José Napoleón al trono de España.

El tono de jactancia y de exaltación de la correspondencia del Gobernador español, parecía desmentir la reputación de cordura y de prudencia que se había adquirido por su buena conducta con los desgraciados franceses refugiados en su provincia. Arrastrado, sin duda por el torrente de la opinión exagerada de sus compatriotas, se extendió en inectivas contra el gobierno francés, sin calcular que la reacción próxima de esta misma opinión debía ser muy pronto el resultado infalible de nuestros éxitos en España y de la firmeza de José Napoleón en el trono de Castilla. (66)

En la noche del 8 al 9, el enemigo, paralizado en sus medios de ataque, por el sistema defensivo que habíamos adoptado, había imaginado un nuevo sistema para inquietarnos. Algunas lanchas cañoneras, armadas con obuses calibre 32, vinieron a colocarse detrás de la punta que cie-

rra por el éste (*) el puerto de Santo Domingo, y desde esa posición, en la que la artillería de la plaza no podía alcanzarlas, comenzaron, a eso de la media noche, a lanzar granadas, de las que la mayor parte explotaban en el aire, no produciendo sino muy poco efecto.

9 de Marzo.

**Llegada de la Superior.
Los habitantes se engañan
en sus esperanzas.**

El día 9, al amanecer, hubo un nuevo motivo de esperanza y de alegría para los habitantes de Santo Domingo. Una hermosa goleta con cofas, reconocida por "La Superior" corría a velas desplegadas hacia tierra, sin intimidarse por la presencia de las cañoneras y de las pinazas (**) que hacían maniobras para el combate. La atención y el interés de los espectadores estaba dividido entre el deseo de ver triunfar el pabellón francés y el temor de ser privados de unos recursos tan preciosos, pues todos estaban persuadidos de que una nave que había salido el 18 de noviembre de Santo Domingo para ir a buscar harinas a la Guadalupe o a los Estados Unidos, no podía regresar, después de una ausencia de cuatro meses, sin traer una considerable cantidad de provisiones para abastecer la plaza.

El capitán Brouard después de haber separado por medio de una descarga de artillería y de fusilería, las cañoneras y las pinazas, que se retiraron mar afuera, echó anclas a las 8 de la mañana en la rada, e inmediatamente se hizo remolcar al puerto. Pero, a la esperanza halagadora a la cual se habían entregado los sitiados, sucedió muy pronto el descontento general, cuando supieron el fracaso de un viaje en el cual se había fundado el bienestar de la colonia.

El Señor Brouard había salido de Santo Domingo el 18 de Noviembre con un buque que estaba reputado como el más ligero de las Antillas; a su partida, la plaza de Santo Domingo, estrechamente bloqueada por los revolucionarios, solamente tenía víveres para 45 días. Toda la confianza de los habitantes estaba cifrada en la ligereza de "La Superior", y en la actividad del señor Brouard que la mandaba. Este oficial tenía orden de ir a la Guadalupe, par hacer conocer allí nuestra situación y solicitar los más rápidos auxilios en harina; y en el caso en que esta colonia se encontrase en la imposibilidad de socorrernos, el capitán Brouard, a quien se había agregado el capitán de Estado Mayor Remoussin, debía seguir inmediatamente a los Estados Unidos, para, de acuerdo con los cónsules franceses, despacharla en el más breve plazo, con 400 barriles de harina. El capitán Brouard volvió, al cabo de cuatro meses sin provisiones, sin dinero y sin el capitán de estado mayor que había ido con él. Las razones que dió del mal éxito de su misión no estaban comprobadas con

(*) La punta Toirecilla.— Nota del Traductor.

(**) Pinaza.— Antiguamente embarcación de guerra muy pequeña y ligera, especie de canoa armada, que se empleaba para sorpresas y hoy para vigilancia de puertos y costas.— N. del Tr.



ningunos documentos justificativos, y el clamor público, fué tanto menos indulgente, por cuanto el recuerdo de los males ocasionados por una carestía de tres meses no se había borrado completamente por la llegada de los socorros que había traído la goleta "La Afortunada".

Sin embargo, el capitán Brouard alegaba que él había practicado inútilmente todas las diligencias que su celo por la cosa pública le había sugerido; pero que el estado de crisis en que se encontraba el país en la época de su llegada, había contrariado sus deseos y neutralizado sus esfuerzos; que la ley del embargo era allí observada más rigurosamente que nunca, y que él habría sido infaliblemente víctima de sus tentativas si hubiera tratado de infringirlas. Agregaba a esos medios de justificación, que los cónsules de Francia, encargados más especialmente que él de procurar el éxito de la expedición, habían por sí mismos experimentado los peligrosos efectos de la agitación popular, y reconocieron la imposibilidad de contravenir la ley.

Nosotros conocíamos, en efecto, las dificultades para sacar harinas de los Estados Unidos, pero conocíamos también numerosos ejemplos de capitanes que habían conseguido burlar la vigilancia de las aduanas, o eludir las disposiciones tomadas por el gobierno para mantener la ejecución de esta medida política. Esas consideraciones dieron lugar a que los habitantes no vieran en la conducta del Señor Brouard sino los resultados obtenidos, motivos suficientes, para excitar contra él una prevención desfavorable y para juzgarlo irrevocablemente.

Se le reprochaba con mayor fundamento: 1.º— haberse atendido con demasiada ligereza al juicio de un simple particular, para eximirse de ir a la Guadalupe, que era su primera destinación, bajo pretexto de que estaba bloqueada por los ingleses; 2.º— no haber aprovechado la favorable ocasión que se había presentado de echar a pique las lanchas cañoneras españolas y las pinazas de la estación inglesa (67) cuya destrucción hubiera sido tanto más importante, cuanto que ello habría evitado la desgracia a la que nuestra confianza debía exponernos durante la noche.

Y efectivamente, el mismo día, a las cuatro de la tarde, señalaron por la parte del sur la falúa del Señor Botin, a cuya vigilancia y actividad debió la plaza los primeros socorros. A las siete fondeó en la rada, bajo la protección de las baterías del arsenal.

Las pinazas inglesas, cuya audacia se había acrecentado con la impunidad intentaron con buen éxito arrebatarse, durante la noche, esa nave que desde hacía cuatro meses había escapado constantemente, por su celeridad sorprendente a todas las persecuciones de los cruceros ingleses.

Una imprudente confianza hizo que el Señor Botin desoyera los consejos de los marinos que trataban de persuadirlo a hacer entrar su buque en el puerto; pero él tenía confianza en su buena fortuna, que no lo había abandonado nunca, cuando a las diez de la noche, ocho pinazas inglesas acometen la falúa por todos lados; la tripulación, sorprendida y extenuada de fatiga, se pre-

cipita al fondo de la sentina, y las baterías del arsenal, cogidas de improviso, no dieron sino una protección muy tardía al desventurado Botin, cuya nave es arrebatada a la vista de una ciudad, que había sido, desde hacía cuatro meses, el objeto de su mayor solicitud.

Esta atrevida empresa costó cara a los ingleses; la rapidez de la ejecución era lo único que podía hacerla salir bien; pero ellos debían, igualmente, temer, los errores y la confusión durante la noche. En efecto, las dos primeras pinazas, llegadas por dos lados opuestos, se tomaron por enemigas, se acometen y se cargan con tanta impetuosidad y furor, que 28 ingleses quedaron muertos en un instante o puestos fuera de combate. La pérdida de ese buque fue tanto más sensible para los habitantes, cuanto que había sido sufrida por un hombre que se había adquirido los más sagrados derechos a su gratitud, y porque un buque de una marcha tan notable, iba necesariamente a convertirse, en manos de los ingleses, en un instrumento fatal para nuestro comercio y para los auxilios que esperábamos incesantemente de los Estados Unidos.

10 de Marzo.

El día siguiente, Don José Abreu, oficial de artillería, fué enviado por Sánchez con plenos poderes para tratar definitivamente del canje de los prisioneros respectivos.

Las respuestas evasivas de Sánchez, cada vez que se había tratado de cangear los prisioneros, habían inspirado al general Barquier, las más vivas inquietudes sobre la suerte de nuestros desgraciados compatriotas. El había tomado a pechos el hacer cesar esta cruel incertidumbre, y tratar de libertar el pequeño número de franceses que habían escapado a la matanza del Seibo, de Los Llanos y de Monte Grande, en consecuencia, escribió al capitán Gilberto Guillermin en estos términos:

"Os participo, mi querido Guillermin, que os he designado para proceder al canje de los prisioneros, según las instrucciones que recibiréis inmediatamente, que os invisten de todos los poderes necesarios para este fin".

Vuestro afectísimo

(firmado) J. Barquier".

El mismo día el capitán Gilberto Guillermin se avistó con el señor Don José Abreu, y el resultado de su conferencia fué un convenio de cange concebido así:

11 de Marzo.

Tratado del canje de prisioneros respectivos hecho entre los señores Gilberto Guillermin, de una parte, y Don José Abreu de la otra.

"Se ha convenido y resuelto, definitivamente, entre las dos partes abajo firmadas, que se efectuará el cange de los prisioneros respectivos de la manera que se determina más adelante:"

"Artículo primero: Los prisioneros franceses pertenecientes a la tropa de línea así como a la milicia; los oficiales franceses y los habitantes que quieran volver libremente al recinto de Santo Domingo, serán transportados a la orilla de-



recha del Isabela, en el lugar llamado Santa Cruz, bajo escolta de cincuenta hombres, con el fin de mantener el buen orden y la buena armonía en el momento del cange entre las partes contratantes”.

“2. Todos los prisioneros españoles, los Padres Ruiz y Morales, y el capitán Don Francisco Díaz inclusive, serán transportados a la orilla izquierda del Isabela, con igual escolta y para el mismo objeto que los prisioneros franceses”.

“3. Dos botes saldrán al mismo tiempo de las dos orillas opuestas, con una cantidad igual de prisioneros, cuyo cange haya sido definitivamente convenido, y sucesivamente, hasta el cange completo de los prisioneros respectivos.”

“4. En el caso en que el número de prisioneros en poder de los españoles exceda de doce a los que estén en poder de los franceses, el General Barquier consiente en entregar, por el excedente, la familia de Don Antonio Aybar, Domingo de Sosa, José Joaquín Marcano y Manuel Pereira.”

“5. Por último, para evitar toda discusión, retardos y dificultades, que puedan sobrevenir entre las partes, se ha resuelto explícitamente:

“I. Que los Señores Lavalette, Ponpon, Morin, oficiales franceses, serán cangeados por el Señor Don Francisco Díaz, el Padre Ruiz, cura de Santa Bárbara, y el Padre Morales; y vista la importancia de esos tres personajes españoles, que todos tres gozan de una gran consideración, Don Juan Sánchez se obliga a entregar en Santo Domingo, en el menor plazo, si no el mismo día del cange, seis habitantes de una clase igualmente considerada, y que dejamos a la disposición y elección de Don Juan Sánchez, en cuya lealtad se debe tener confianza;

“II. Todos los otros prisioneros serán cangeados, hombre por hombre, hasta concurrencia del número de cincuentiseis; entendiéndose, sin embargo, que los doce prisioneros españoles que faltan para completar el número de cincuentiseis franceses en poder de Don Juan Sánchez, serán representados por las familias de Don Tomás Ramírez, de Don Antonio Aybar, Domingo de Sosa, José Joaquín Marcano y Manuel Pereira”.

“Hecho, aprobado y firmado por nosotros, en Santo Domingo, el día 11 de Marzo de 1809, para ser ejecutado en el paso de Santa Cruz, mañana 12 del corriente, a las 10 de la mañana.”

“(firmados) Guillermin, Capitán adjunto, y José Abreu.”

Política y orgullo de Sánchez, contrarios al bien general.

Se echará de ver fácilmente, en el pretexto aparente de esta negociación el objeto real de Sánchez, si se piensa en las épocas de sus primeras entrevistas con el Señor del Orbe. Encontrándose abatido con los desastres de San Jerónimo y de Galard, el 12 de febrero dejó entrever a ese enviado la posibilidad de un acercamiento, para el cual él procuraría la ocasión en el momento de canjear los prisioneros respectivos.

Pero Sánchez, dejándose convencer con satisfacción por las insinuaciones de los ingleses que

le hacían comprender como cosa muy próxima la rendición de la plaza, a la cual iban a estrechar el bloqueo, no estaba ya en esas prudentes disposiciones el día 24, cuando el segundo viaje de Don José del Orbe, a pesar de los triunfos importantes del 20 y del 22 de febrero, que sus pérdidos aliados le hacían considerar como los últimos esfuerzos de una guarnición extenuada por la fatiga y por el hambre.

El 27 de febrero, Sánchez, siempre guiado por una política adaptada a las circunstancias, envió al Señor Don José Abreu para entregar al General Barquier, el estado nominativo de los prisioneros franceses, y aplazar el canje para un momento más oportuno; y aunque él no juzgó entonces que el momento fuera favorable para comenzar las conferencias, se comprendía, sin embargo, que no quería renunciar definitivamente a la coyuntura de reanudar un día negociaciones pacíficas; y si él aplaza indefinidamente el canje propuesto, es porque conserva todavía una esperanza que los acontecimientos habían engañado tan amenudo.

Resumiendo, pues, la serie de perplejidades de una política tan tortuosa como errónea y versátil, se vé primeramente: que el 12 de febrero manifiesta deseos de devolver la paz a su país; que él debe, para conseguir ese objeto, aprovechar la ocasión del canje de prisioneros; que el 24, la influencia de los ingleses y el espíritu de dominio retardan los dichosos efectos de su primera disposición; 2^o— que el 27 el canje es diferido para un tiempo más oportuno, y que el 10 de marzo, sea que el sentimiento del interés público prevaleciera en su corazón, o que algunos motivos de interés personal le hubiesen sugerido una nueva tentativa, envía al Señor Abreu a tratar definitivamente del canje, con la idea, sin duda, de que esta negociación eventual, podría dar lugar a confianzas en las cuales él no quería, sin embargo, tener la iniciativa.

12 de Marzo.

Canje de prisioneros en el paso de Santa Cruz.

El canje se efectuó, pues, el 12 de Marzo, en las orillas del Isabela, con tranquilidad y buena fé; pero el silencio y la reserva más escrupulosa sobre los asuntos del tiempo se imponen, de una parte por la dignidad del gobierno, y de otra, por la vanidad excesiva y fuera de lugar de Don Juan Sánchez: la cosa pública fué así sacrificada a consideraciones que el deber justifica en el general Barquier, pero que la razón condena en el jefe orgulloso de los revolucionarios. Tan cierto es que los falsos cálculos de la política ahogan a menudo en su principio, el impulso generoso del bien público, y aún sorprenden alguna vez al hombre que ha nacido virtuoso, los medios funestos de acelerar la ruina de su patria.

Pero, después de esos ejemplos de una política culpable que sacrifica despiadadamente el bien de la humanidad a las consideraciones insensibles del orgullo y del amor propio, es, sin embargo, consolador, tener que citar rasgos particulares que, haciendo admirar la virtud, contrastan agradablemente con el sentimiento pe-



noso que dejan en el alma los funestos extravíos de la ambición y de la vanidad.

El padre Ruiz, cuyo carácter impetuoso y su influencia, habían hecho concebir algunas inquietudes en el momento de la gran conmoción, había sido reducido a prisión por medida de seguridad, junto con otras personas contra quienes el gobierno francés había concebido sospechas de su fidelidad.

Palabras notables del Padre Ruiz.

El capitán Gilberto Guillermin, encargado de advertirle que él había sido designado por Don Juan Sánchez para ser canjeado con los prisioneros franceses encontró en este admirable sacerdote, sentimientos muy dignos de un ministro de la religión cristiana. "Yo deseo ser libertado de las cadenas con que me ha cargado la calumnia, exclamó, pero no tendría ningún mérito ante Dios, por todas las tribulaciones que he sufrido, si no consagrarse todos los momentos de mi libertad a recordar a mis extraviados compatriotas la obediencia que deben a su gobierno legítimo.

El capitán Gilberto Guillermin le contestó que el perdón de las injurias era, en efecto, el triunfo del verdadero cristiano, y que, si las persecuciones que él había sufrido eran injustas, se aproximaba el momento de obligar a los franceses a arrepentirse de ello.

El padre Ruiz cruzó el río en esas buenas disposiciones, pero sus diligencias fueron infructuosas.

13 de Marzo.

Continuación del canje de prisioneros.

Como el canje de prisioneros no pudo efectuarse completamente el 12, fué continuado y concluido el 13.— Supimos por nuestros prisioneros la penuria de viveres que había en el país ocupado por el enemigo, el descontento que ocasionaba allí la duración de esta guerra y los malos tratamientos que habían sufrido en las diferentes épocas en que los revolucionarios habían experimentado derrotas; el gobierno adquirió por fin, por sus unánimes informes, la dulce convicción de la fidelidad inalterable de los coroneles Don Manuel de Peralta y Don Agustín Franco, que han preferido las cadenas espantosas con que fueron cargados a las proposiciones ventajosas, pero humillantes, de traicionar sus deberes y sus juramentos!

Testimonio de fidelidad del Coronel Peralta.

"Yo soy oficial francés desde el momento en que renuncié el grado que tenía de S. M. C., respondió el coronel Peralta a los emisarios de Sánchez; he prestado juramento de fidelidad al Emperador Napoleón, que pasó a ser mi Soberano legítimo por el Tratado de Basilea, y nada en el mundo sería capaz de hacerme traicionar el honor y mis juramentos".

Conducta enérgica del coronel Franco.

La conducta de Don Agustín Franco no es me-

nos digna de admiración. Detenido y vigilado estrechamente en el momento de la insurrección, su primera idea fué la de descolgar la bandera imperial colocada en su casa y de colocársela como un cinturón, y declarar a los satélites de Sánchez que solamente la muerte sería capaz de separarlo de ese símbolo sagrado del honor militar.

Testimonios tan gloriosos de adhesión, de fidelidad a su soberano y de reconocimiento para el general Ferrand, son tanto más admirables cuanto que esos dos oficiales son extranjeros y que la libertad y todas las ventajas de la fortuna debían ser el precio de su debilidad. (68).

Ingratitud y crueldad de los españoles de la parte del este.

Qué contraste tan repugnante había ofrecido en la misma época la negra ingratitud de los cobardes habitantes de la parte del este; olvidándose en un instante todos los beneficios de que el general los había colmado durante cinco años de un gobierno paternal, arrastraron su cabeza por las calles del Seybo y de Higüey, y la exhibieron durante tres días a las miradas indignadas de los desgraciados prisioneros franceses. (*)

El capitán Guillermin que no veía aparecer en el número de los prisioneros al capitán de estado mayor Lavalette, manifestó por ello su sorpresa a Don José Abreu, quien le aseguró que dentro de pocos días llegaría este oficial por mar a Santo Domingo.

Esta falta de exactitud, en la ejecución de una convención religiosamente observada por el gobierno francés, hizo necesaria la vuelta del Señor Don Francisco Díaz a Santo Domingo, en garantía del capitán Lavalette, cuyo cange había sido convenido.

Efectuado el cange, se separaron con las demostraciones de honradez y de confianza que permitían las circunstancias. Se notaba claramente en la cara de los españoles el deseo de ver cesar las hostilidades, tan contrarias a la felicidad de las dos naciones.

El capitán Guillermin les puso en conocimiento los grandes cambios acaecidos en España, a continuación de los brillantes triunfos de los ejércitos franceses; pero, una prevención funesta mantenida por las noticias falsas de Puerto Rico y de los ingleses, les hacían sospechar de la verdad de esos importantes acontecimientos; ellos estaban en la firme persuasión de que Fernando VII reinaba en España y que Francia estaba invadida por los ejércitos españoles reunidos con los ingleses.

(*) Eso es verdad y nada puede aplaudirlo, pero es rarísimo que un militar francés se horrorizara tanto de ese hecho, talvez único en nuestra historia, tan pocos años después de haber pasado la revolución francesa del 93, donde tantas atrocidades se cometieron. Además, el mismo capitán Guillermin en la nota 55 de su libro asegura que fué un sastre francés, Mr. Follot, quien llevó a cabo esa fechoría. Nosotros, con más imparcialidad, decimos en otra parte que el coronel Pedro Santana fue quien realizó ese hecho grosero.— N. del T.



15 de Marzo.

Partida de la goleta la Afortunada.

Sin embargo, el gobierno no descuidó ningún medio de prolongar y de dulcificar nuestra existencia; se continuó con vigor la extracción de la raíz de la guáyiga para mezclarla con el poco de harina que nos quedaba en almacén. El general hizo partir el 15 de Marzo la misma goleta, que el 6 había traído a la plaza 150 barriles de harina; su destino era San Baftolomé, para regresar de allí en 20 días, con un segundo cargamento de comestibles.

Esperando estos socorros, que los peligros del mar hacían muy inciertos, aunque tuviéramos la mayor confianza en la habilidad del Señor Fleuri, armador de la goleta, y en los sentimientos de honor y de humanidad de que lo sabíamos inspirado, continuamos saliendo diariamente para ir a saquear los campos del enemigo; pero esos débiles recursos eran cruelmente pagados, por las pérdidas que sufríamos en hombres y por la perspectiva espantosa de agotar en poco tiempo ese único medio de alimentarnos.

18 de Marzo.

Llegada de la goleta "El Bravo Criollo", mandada por el Capitán Brion.

Fué en estas circunstancias cuando el pailebote (*) "El Bravo Criollo", procedente de los Estados Unidos, a donde había sido enviado en el mes de Noviembre por el General Barquier, entró en el puerto de Santo Domingo. El había sufrido de parte de los americanos, las mismas contrariedades relativas a su misión que había sufrido el capitán Brouard, y, después de una estadía infructuosa de tres meses en el puerto de Charleston, en donde le fué imposible cargar ni un barril de harina, regresó a Santo Domingo con una suma de sesenta mil pesos próximamente, en billetes del banco de Filadelfia.

El mal éxito de este viaje y la tristeza que ocasionó entre los sitiados, fueron moderados un poco por las consoladoras noticias que se nos trajó, pues tuvimos la confirmación de nuestras victorias en España, y la suspensión del embargo, que había sido fijada por el congreso el 4 del corriente mes.

El bravo capitán Forest toma el mando de La Superior.

El gobierno, viendo frustradas por segunda vez sus esperanzas, no perdió un instante para resistir a los reveses de una fortuna tan constantemente contraria; y sin prejuizar sobre la conducta del Capitán Brouard, entregó el mando de "La Superior" al Capitán Forest, quien, con tanta destreza como valor, tenía infinitamente más fortuna.

Rearmamento de la goleta "El Bravo Criollo".

El capitán Forest, cuya grandeza de alma y la adhesión a su país no pueden compararse sino al

(*) Del inglés pilots-boat. Goleta pequeña, sin guías, rasa y fina.— Nota del Traductor.

valor y a la audacia que le hicieron ganar la estimación de los mismos ingleses, hizo, antes de partir, el generoso ofrecimiento al Gobierno, de comprar y de armar de su peculio, el pailebote "El Bravo Criollo" y de dedicarlo al aprovisionamiento de la plaza. Pero el General, aunque aplaudiendo este acto de abnegación, ordenó que el buque fuera vuelto a armar por cuenta del Estado, y su destino se fijó nuevamente para un viaje a los Estados Unidos.

Pruebas de abnegación de los habitantes y de la guarnición.

No se puede menos que admirar esos esfuerzos simultáneos de emulación y de valor en los defensores de Santo Domingo: ya, tanto los habitantes como la guarnición, animados del noble entusiasmo de la gloria, habían devorado hasta los animales más asquerosos y las raíces más perjudiciales para la salud, antes que manchar con una vergonzosa capitulación, los trofeos de una campaña tan larga como honrosa.

21 de Marzo

Encuentro con el enemigo. Combate.

El 21, el Jefe de batallón Butté salió en busca del enemigo, al mando de 300 hombres; lo encuentra en las alturas del río de Jaina, lo derrota y lo persigue como una legua y regresa el mismo día a la plaza.

Defección de los Piamonteses

Estos triunfos no traen desgraciadamente ningún cambio a nuestra posición. Los revolucionarios, semejantes a los Partos y a los Escitas, se batían huyendo, agotando de ese modo nuestras fuerzas, conservando las suyas. Nuestro ejército se debilitaba diariamente por la desertión de los piamonteses, y por la muerte de nuestros más valientes soldados.

23 de Marzo

Llegada de la goleta "La Centinela".

El capitán Begon llega el 23; el relato que hace de los acontecimientos de Europa y de los desórdenes de Puerto Rico reanima el ánimo público y comunica un nuevo impulso al valor de la guarnición.

Fué a la intrepidez de este valiente oficial a lo que debimos la entrada en el puerto de un buquecito procedente de Saint Thomas y cargado de víveres: la falúa apresada y armada por los ingleses estaba actualmente siendo tripulada, cuando la goleta "La Centinela" se presentó y la obligó a cambiar de rumbo después de una hora de combate.

24 de Marzo

2o. combate de Galard.

Tantos esfuerzos generosos eran dignos de mejor suerte; la fortuna nos fué de nuevo y excesivamente favorable en Galard, cuando el coronel Lafiton, a la cabeza de cuatrocientos cincuenta hombres, encontró al enemigo, en número de 1500, lo derrotó y persiguió a más de una legua del campo de batalla. Los revolucionarios tuvieron en ese combate, 60 hombres entre muer-



tos y heridos; el coronel perdió 4 hombres y tuvo 18 heridos.

25 de Marzo.

Al día siguiente, el General, noticioso de que el enemigo había vuelto a ocupar esta misma posición, hizo salir al coronel Vassimon con la misma columna para desalojarlo y quitarle las ganas de volver a establecerse allí. Las particularidades de este tercer combate, en un lugar que se hizo célebre por la obstinación del enemigo en conservarlo, y por la perseverancia de nuestras tropas en vencerlo, están descritas con demasiado interés en el informe del coronel Vassimon, para que no lo transcribamos enteramente aquí. (69).

**Informe del coronel Vassimon;
3er. combate de Galard.**

"El combate del 24 dejaba suponer que el enemigo tenía el propósito de tomar posiciones en los alrededores de Galard, con el fin de interceptar los débiles destacamentos que, hasta este momento, habían protegido a los merodeadores, cuando recibí y ejecuté la orden de atacar de nuevo al día siguiente, con 450 hombres, a los revolucionarios, cuyo plan era evidentemente estrechar más el bloqueo de la plaza. Las primeras emboscadas puestas en Los Caimitos no se mantuvieron mucho tiempo delante de nuestros exploradores, pero la resistencia fué más obstinada en Galard, donde el enemigo había reconcentrado todas sus fuerzas. Este ventajoso puesto les fué arrebatado con la misma intrepidez por la vanguardia de mi columna compuesta de la compañía administrativa, de los cazadores coloniales, de los negros libertos y de la compañía de guías. El enemigo, al retirarse, continuó haciendo un fuego bastante nutrido, hasta llegar a Bondillo, donde la rapidez de nuestra marcha determinó su completa derrota. Solamente a media legua de esta posición fué cuando ordené a la columna que hiciera alto, pues no se podían reconocer las huellas del enemigo, diseminado en los bosques. Ordené a cien hombres de la legión colonial quedarse en observación, para seguir los movimientos del enemigo, en el caso en que, después de reunirse de nuevo, hubiera tratado de inquietar nuestra retirada. El resto de la columna se detuvo en el cruce de los caminos de Bondillo y de Engombe, mientras que 150 hombres iban a incendiar las casas de la primera de esas estancias que, desde principios de la guerra, había servido de refugio a los revoltosos y había dado su nombre a la junta sediciosa de la parte del este de Santo Domingo. Realizada esta operación, la columna reunida volvió a tomar el camino de Galard.

"A un cuarto de legua de esta última posición, una columna de 200 hombres enemigos, cuyo objeto era probablemente atacar la retaguardia de la mía, se presentó a la distancia de 150 pasos próximamente de nosotros. Su aspecto resuelto ocasionó primeramente un engaño que suspendió por el momento la impaciencia de nuestras tropas; a todos nos pareció reconocer allí al coronel Aussenac trayendo un refuerzo, y los españoles,

admirados de nuestra inacción creyeron igualmente tener que habérselas con una columna de los suyos, con tanta mayor razón cuanto que ellos no podían distinguir sino las compañías de los negros y de los hombres de color que componían la vanguardia. Esta incertidumbre no cesó sino cuando un hombre se separó de la columna enemiga trayendo en la mano un pabellón parlamentario blanco. Las respuestas de este hombre a las preguntas que le hice, no dieron ninguna luz sobre el objeto de su diligencia, y su equivocación se hizo evidente por la turbación que se notaba en sus ideas y en su actitud; por lo cual me decidí a avanzar cincuenta pasos hacia esa columna y dirigiéndome al jefe de la mandaba, le aseguré que podía contar con la lealtad francesa, y avanzar sólo, con entera confianza, para hacerme conocer los motivos de esta conducta tan extraordinaria como enigmática. ¿Quién sois? me respondió dando un paso atrás hacia su tropa. No dejándome esta contestación ninguna duda sobre nuestro recíproco engaño, ocupé prontamente la cabeza de mi columna y ordené hacer fuego sobre el enemigo quien después de habernos contestado debilmente se dispersó por los bosques. (70).

"El pretendido parlamentario, en la confusión de la marcha y del fuego, se escapó a la vigilancia de los que lo guardaban, y se internó en el bosque que estaba a ambas orillas del camino.

"Tales son los acontecimientos de esta jornada que solo costó al ejército 8 hombres muertos y 25 heridos. La pérdida del enemigo es de 46 hombres muertos y 60 heridos. Debo decir en elogio de nuestros soldados que ha habido pocas ocasiones en que hayan mostrado más orden, más unidad y más valor.

"Me complace en recomendaros particularmente, mi General, a Repussard, Jefe de la tropa colonial que está bajo mis órdenes; al capitán Marcellin, que comanda la compañía de francos granaderos negros, herido levemente en este encuentro; al Señor Goguet, comandante de la compañía administrativa; al Señor Capitán de granaderos del 89o. de línea; y al Señor capitán, ayudante mayor del 5o., Drouet, igualmente herido.

"Termino mi informe, mi general, recomendándoos aún más particularmente al Señor Marquis, de nuestro Estado Mayor; es imposible mostrar más valor ni más intrepidez que este bravo oficial".

firmado "Vassimon".

Para detener el curso de estos reveses, Sánchez decidió mantenerse a la defensiva y a llamar a Ciriaco Ramírez, a quien puso a la cabeza de la división del Sur. (71).

**Inercia de las tropas de Sánchez.
26 de Marzo.**

Debido a la inercia de sus tropas pudimos tranquilamente avituallarnos en los campos de Engombe desde el 26 hasta el 31 de marzo. Pero estos expedientes eran muy precarios, y los Ingleses, engañados por Sánchez, que les hacía, a su vez, esperar la pronta rendición de la plaza y el cumplimiento de las promesas que él les había



hecho, conutinuaron el bloqueo con el mayor rigor. Empezamos nuevamente a experimentar los efectos de la escasés de víveres y la mayor inquietud sobre la suerte de los buques, en los cuales teníamos cifradas todas nuestras esperanzas.

28 de marzo.

Llegada de un parlamentario inglés.

El día 28, un bergantin inglés se presentó a la vista del puerto con un pabellón parlamentario. El capitán Birth que lo comandaba vino personalmente a tierra y anunció que tenía a bordo al capitán Lavalette, comprendido en el tratado de cange del 11 de ese mes.

29 de marzo.

Cange del capitán Lavalette y noticias que trae.

Este oficial fue efectivamente cangeado, al día siguiente, por Don Francisco Díaz. El nos comunicó que Sánchez había trasladado su cuartel general al lugar de Aguador, a seis leguas de Santo Domingo. Esta precaución no anunciaba una gran confianza en el valor de los vencedores de Palo Hincado; parecía que él, en efecto, contaba menos con el valor de ellos para vencernos, que en la impaciencia de nuestro carácter nacional para sufrir las duras privaciones de la guerra.

Es verdad que nosotros experimentábamos desde hacía algún tiempo los horrores del hambre, y que la fortuna parecía complacerse en trastornar las medidas que tomábamos para resistir los golpes que ella nos asestaba.

Las raíces de guáyiga, planta venenosa, cuya preparación exige los mayores cuidados y cuyo uso es peligroso, se hizo por segunda vez el recurso de los habitantes. Un gran número de ellos experimentó los funestos efectos de este alimento mal sano, pero esos males no disminuían ni su constancia en soportarlo, ni su valor para rechazar los ataques del enemigo; no faltaba, por fin, a la gloria de los defensores de Santo Domingo, sino un teatro más digno de su valerosa resistencia.

1o. de abril.

Deserción de los piamonteses.

Estábamos en esta crítica situación, y la deserción de los piamonteses, que aumentaba cada vez más, se agregaba a la perplejidad de nuestra situación; esos viles mercenarios, prefiriendo una abundancia comprada a costa del honor, a las privaciones gloriosas, se desertaban diariamente a los campos enemigos. (72).

2 de abril.

Sánchez envía al capitán Campion para ser cangeado.

Esta cobarde defección estaba alentada por el Señor Grassoty, oficial piamontés al servicio de Francia, quien después de la batalla de Palo Hincado se había convertido en el hombre de confianza de Don Juan Sánchez, y era capitán de su guardia.

Este Jefe revolucionario, que tenía empeño en complacer al Señor Grissoty, cuya esposa estaba todavía detenida en Santo Domingo por el Gobierno francés, envió el 2 de abril al capitán de artillería Campion, hecho prisionero en una de las salidas del mes de marzo, exigiendo su palabra de honor a este oficial francés de volver a constituirse prisionero, en el caso en que su cange por esta señora no fuera aceptado por el general Barquier.

El capitán Campión informó que el descontento era general, y que la insubordinación de los soldados no hacia, caso, impunemente, de la autoridad de los jefes. Y agregaba que el Padre Ruiz había hecho inútilmente los mayores esfuerzos para determinar a Sánchez a poner término a los males de su patria, pero que su corazón, endurecido por la ambición, había permanecido sordo a todos los consejos de la prudencia, y que el Padre Ruiz se había retirado entonces a su quinta.

Los ingleses aumentaron en esta época la vigilancia de nuestro puerto, con la idea, sin duda, de que el regreso de nuestros buques no estaba lejano. (73) El General Barquier, por su parte, sin comprometer la debilidad de sus medios contra las fuerzas superiores del enemigo, hacía continuar por tierra, con prudencia, el merodeo en los campos enemigos, para asegurar la subsistencia diaria de la guarnición, en espera de los socorros más eficaces que nuestros buques debían traernos.

5 de Abril

Centestación del general a la proposición de cange del capitán Campión.

El 5 de Abril, el general, exigiendo la ejecución del tratado de canje del 11 de marzo, precitado, por el cual Sánchez se había comprometido a entregar seis habitantes franceses además de los militares llevados en calidad de prisioneros, declaró al Jefe de los rebeldes que el capitán Campión quedaría en garantía de la ejecución de este artículo, salvo a canjearlo en seguida, o a reenviarlo en el caso en que su canje no pudiera tener lugar. El general hacía al mismo tiempo a Sánchez, algunas proposiciones para el canje de los coroneles Don Manuel Peralta y Don Agustín Franco, que se habían hecho por su conducta el objeto de la solicitud del gobierno.

9 de abril.

Encuentro y derrota del enemigo en Arroyo Hondo.

El 9 el coronel Vassimon, cuya actividad, inteligencia y valor, han sido tan a menudo útiles al ejército, en esas críticas circunstancias, corría con audacia y éxito los campos situados al oeste de la plaza. El encontró y derrotó al enemigo en Arroyo Hondo, y volvió a Santo Domingo escoltando una columna de 1.200 merodeadores, que trajeron a la plaza 4 días de víveres para los habitantes.

Ataque brusco e infructuoso del enemigo sobre las posiciones del Ozama.

El mismo día, el enemigo, que había sido prevenido por los tránsfugas de la salida de esta



fuerte columna, juzgó que la ocasión era favorable para atacar nuestras posiciones de la orilla izquierda del Ozama: su primer movimiento demostró primeramente bastante arrojo, pero el reducto, del que se aproximaron bastante, le recibió con tanta firmeza, que se vió obligado a retirarse con una pérdida de 15 hombres próximamente.

10 de Abril.

Durante la noche del 10, la estación inglesa, compuesta de cuatro buques, navegó hacia el sur y nos hizo creer por un instante que ella abandonaba el bloqueo de nuestro puerto. Pero al día siguiente 11 de abril, el bergantín "El Sparrow", (*) fue nuevamente divisado al éste y aún dejó notar la intención de estrecharnos mucho más.

Llegada de una goleta procedente del sur de la isla.

Sin embargo, a pesar de esa vigilancia, una goleta, procedente del sur, consiguió por la excelencia de su marcha, entrar en el puerto, a vista suya, a pesar de los esfuerzos hechos por él para atajarle el paso hacia tierra.

En esta época pareció como si la fortuna se hubiera cansado de perseguirnos, y sus favores nos eran tanto más necesarios cuanto que la plaza no tenía entonces víveres sino para 8 días, comprendiendo en ellos, los recursos diarios que nos ofrecía la guáyiga y las verduras de los alrededores de la ciudad, que servían de alimento a los vecinos.

Generosos esfuerzos de los vecinos y de la guarnición

La consternación se manifestaba en todos los rostros, pero la firme resolución de no capitular jamás con Sánchez estaba en todos los corazones. Estábamos decididos a sostener la guerra con las mujeres y los niños, antes que empañar la gloria de una tan larga resistencia contra la adversidad.

La llegada de la goleta, cargada de comestibles, que debíamos también a la actitud y al celo del Señor Botín, no cambió en nada las medidas tomadas desde largo tiempo para ir a los campos del enemigo, a buscar medios de subsistencia.

12 de abril.

Nuevas victorias del coronel Fortier sobre el enemigo.

El coronel Fortier salió el 12 con 400 hombres y 1200 mujeres; recorrió próximamente seis leguas de esa región, y derrotó al enemigo en dos distintos combates y entró en el mayor orden en Santo Domingo, con víveres para dos días. Fué en esta época desgraciada en la que la ciudad de Santo Domingo ofreció un ejemplo de valor tanto más admirable cuanto que en ninguna otra guerra se encuentra nada que pueda serle comparado. Santo Domingo bloqueado por ocho mil hombres, reducido por la emigración de los vecinos españoles, por los acontecimientos de la guerra y

del hambre, a una población de tres mil almas, de las cuales mil ciento eran soldados, se encuentra en la cruel necesidad de buscar su existencia en las afueras, y de suplir la falta de harina con el jugo de una planta venenosa y modificada por una preparación difícil, que más bien enerva el cuerpo que alimentarlo.

Fué, sin embargo, en este estado de aniquilamiento casi total, en el que quinientos hombres y mil doscientas mujeres, salieron con audacia de la plaza, recorrieron ocho leguas en un solo día y volvieron a la ciudad después de haber derrotado al enemigo y devastado los campos. Las mujeres, rivalizando en valor con los hombres, afrontaban, no solamente los peligros de la guerra, y el calor ardiente del clima, sino luchando con valor contra las fatigas exorbitantes que la falta de alimentos y la debilidad de su sexo, debían necesariamente hacérselos insoportables, y llevaban a sus desgraciados compatriotas, medios de existencia, tanto más preciosos cuanto que eran el fruto de su valor y de su virtud.

La generosa abnegación de esta multitud de heroínas fué felizmente secundada por el azar; solamente algunos perdieron la vida o la libertad, y esto por su imprudencia y obstinación en alejarse de las columnas destinadas a protegerlas. Rara vez llegó el enemigo, en estas marchas peligrosas y difíciles, a llevar el desconcierto a nuestras columnas. La actividad y la vigilancia del soldado y la buena disposición de la marcha, costaban siempre las desgracias que pudieran ocasionar los ataques continuos del enemigo y el obstáculo de esas caravanas tumultuosas. Las mujeres, pues, concurrirán eficazmente a retardar la rendición de la plaza de Santo Domingo: ellas tienen derecho imprescriptible a la admiración y a la gratitud nacional. Pero, esos esfuerzos generosos, hijos de la audacia y de la necesidad, no procuraban sino recursos momentáneos y una alimentación poco suculenta: por todas partes se advertían los estragos del hambre, al lado de una paciencia y de una resignación heroicas. Las quejas y los gemidos eran efecto del dolor y no del descontento. Los animales más immundos se habían convertido en esos miserables tiempos en el alimento de aquellos cadáveres ambulantes, encerrados en el recinto de nuestras murallas. Estábamos últimamente reducidos, antes de la llegada de los Señores Begon y Fleury a una pequeña cantidad de maíz en grano para reparar las fuerzas que los combates continuos y el insomnio habían agotado completamente. Echemos el vuelo sobre estas escenas espantosas que contristan el alma y que sublevarían la naturaleza entera, si ellas no estuvieran justificadas por la ley imperativa del honor y de los deberes.

13 de Abril. Los días 13 y 14 de abril ofrecieron todavía un espectáculo muy interesante para los vecinos de Santo Domingo y muy consolador para los amigos de la humanidad.

Segundo viaje de la goleta La Afortunada a Santo Domingo.

La goleta "La afortunada", despachada por el estimable Señor Fleury, fué divisada al este

(*) Sparrow—gorrión.— Nota del Traductor.



de la rada hacia las tres de la tarde. Llena de confianza en la excelencia de su marcha, se adelantó a velas desplegadas a una muy pequeña distancia del bergantín inglés, para reconocerlo, y después de haberse asegurado de cual era su pabellón, se corrió al sur, a fin de volver a tomar en la noche el camino de nuestro puerto.

Una muchedumbre inmensa llenaba las azoteas de las casas y manifestaba la inquietud y la esperanza que experimentaba alternativamente sobre la suerte de este buque, objeto de sus votos desde hacía largo tiempo.

La desconfianza es el primer sentimiento del interés; las maniobras del bergantín hicieron conjeturar que, habiendo reconocido la inutilidad de una persecución, en razón de la superioridad de la marcha de la goleta, debía vigilar mucho la costa con sus chalupas durante la noche, mientras él mismo daba bordadas de este a oeste.

Disposiciones tomadas para dejar burladas las maniobras del bergantín y las de las chalupas.

Habiéndose adivinado esa maniobra, era necesario evitar sus funestos efectos. Diez chalupas fueron equipadas en el puerto con celeridad, y salieron de él en la prima noche. El buen éxito justificó el cálculo de los marinos; a las once de la noche un vivo tiroteo se trabó entre nuestras chalupas y las del enemigo que siendo inferiores en número, se apresuraron a refugiarse en la bahía de Andrés.

14 de Abril.

Espectáculo que ofrece a la ciudad la mañana de este día.

Pero, para formarse una idea exacta del espectáculo interesante que presentaba la mañana del 14 de Abril, basta imaginarse un cielo puro y sereno; 3.000 personas de todas edades y sexos colocadas como en escalones sobre los techos y en los distintos fuertes que defienden la costa, dirigiendo sus miradas inquietas hacia el mar, cuyas sorpresas les habían sido contrarias desde hacía mucho tiempo; los vientos del norte; las chalupas inglesas, defendidas por dos cañoneros españoles, volviendo de este a oeste cerca de la goleta que, habiendo atacado el puerto durante la noche, remontaba del oeste al este bajo la protección de nuestros fuertes; nuestras chalupas intentando, a fuerza de remos, ganar el costado de "La Afortunada"; el bergantín, dos leguas al Sur, espectador impotente de todas esas maniobras, y para colmo de dicha, "la Superior", desembocando inopinadamente de la punta de Jaina, situada a dos leguas al Oeste de la ciudad, apresurándose, viento en popa, para venir a asistir a la fiesta.

Aparición súbita de la goleta "La Superior"

La aparición súbita del bravo capitán Forest y el refuerzo que dieron nuestras chalupas a "La Afortunada", obligaron a las cañoneras españolas y a las embarcaciones inglesas a hacerse a la mar y la plaza fué abastecida para dos meses

por la actividad y la decisión del Señor Fleuri y la conducta prudente del Señor Auri, su Capitán.

16 de Abril

Llegada de un nuevo socorro.

El 16, un buque cargado de comestibles, perteneciente al mismo armador, vino a aumentar los recursos que habíamos recibido el día 14.

21 de Abril.

Rumores políticos esparcidos por los ingleses.

El 21, los ingleses, que siempre tenían una segunda intención en todos sus actos, enviaron un parlamentario a Santo Domingo, con el pretexto aparente de venir a saludar al General Barquier, de quien ellos habían recibido atenciones en diferentes oportunidades; pero, el objeto real era esparcir la noticia de un combate entre los franceses y los ingleses, que, según ellos decían, había tenido lugar en las alturas del Morne, y los resultados del cual habían sido el apresamiento del buque francés el "D' Hautpoul". (*)

Contradichos por algunos de sus mismos marinos.

Estas noticias, difundidas por la política inglesa, para traer el desaliento entre nosotros, no produjo, sin embargo, una gran impresión; ella fué puesta en duda, con tanto mayor motivo cuanto que los marinos ingleses, que probablemente no estaban en el secreto, aseguraban que ellos no tenían ningún conocimiento de ese acontecimiento.

Ellos adquieren alguna consistencia.

Sin embargo, algunos informes llegados después, por una vía menos sospechosa, hicieron cobrar crédito a la noticia de un combate entre buques ingleses y una pequeña división francesa, en el canal de las Santas (**), cosa que despertó nuestra primera inquietud sin debilitar nuestro valor.

El mismo día, el general en jefe hizo publicar la siguiente proclama:

Proclama: "Habitantes de la Parte del Este de Santo Domingo:

"Desde hace seis meses habeis levantado con-

(*) Nombre probablemente dado a este buque en memoria del General francés Jean Joseph Ange D' Hautpoul.— Nació en 1754 y murió en 1807. Conquistó el grado de general de brigada en 1794 en el sitio de Nimega; fué herido gravemente en Altenkirchen (1796). General de División en el mismo año. En Eylau, a la cabeza de sus coraceros sufrió una herida grave en un muslo y murió pocos días después. Se le elevó una estatua en bronce en la plaza de Gaillac.— Nota del Trad.

(**) Islas Santas o Los Santos — Grupo de islotes fortificados en las antillas francesas, a 12 kilómetros al S.E de Basse Terre (Guadalupe). En las aguas de las islas Santas tuvo lugar en 1782 la célebre batalla entre la escuadra francesa y la inglesa.— Los franceses fueron derrotados.— Nota del Traductor.



tra el gobierno francés la bandera de la rebelión; desde hace seis meses vosotros desgarráis el seno de vuestra patria. ¿Qué esperáis, pues, de vuestra culpable empresa? y ¿qué habéis ganado en esta guerra impía e insensata?... Vuestros campos están assolados; vuestros hatos despoblados, y habéis obligado a aquellos que fueron vuestros amigos, a llevar entre vosotros la muerte y la desolación..... Ingratos! que os faltaba, pues? ¿bajo qué autoridad más paternal y más bienhechosa desearíais, pues, vivir? Yo sé que habéis sido seducidos, que habéis sido cruelmente engañados; pero, ¿cómo no habéis abierto los ojos todavía? ¿Sacrificaréis acaso, a la criminal ambición de vuestros jefes y a los pérfidos consejos de vuestros eternos enemigos, vuestra tranquilidad, vuestras propiedades, la existencia de vuestras mujeres y de vuestros hijos y en fin, todo lo que compone la dicha del hombre de bien sobre la tierra y sus esperanzas después de su muerte? Cuando nuestros jefes han lanzado el destino de este país a la mar borrasca de las revoluciones, ellos no ignoraban a qué espantoso porvenir os entregaban; pero en su delirio, han caminado como ciegos hacia un fin, que, ciertamente, no alcanzarán jamás, pues yo me he colocado, con mis bravos soldados, entre ellos y ese fin."

"Insensatos! Vosotros todos habéis desesperado de la clemencia del gobierno; no habéis querido creer en mis palabras de paz, porque después de haber traicionado a vuestros bienhechores y violado vuestros juramentos, os habéis vuelto desconfiados; pero, desengañaos; aún es tiempo; y os lo digo porque soy demasiado fuerte para temeros; retornad a vuestros hogares; sed pacíficos; entregaos a vuestros trabajos habituales, y reparad con una pronta sumisión el mal que habéis hecho. Dios no quiere la muerte del pecador y recomienda el olvido de las ofensas; y como su divina ley es lo que guía mis acciones, como cristiano y como representante del Emperador de los franceses, os acuerdo una amnistía general y completa; vuestras propiedades serán respetadas; sereis protegidos y tratados como los antiguos franceses..... Pero, apresuráos a aprovechar mis ofrecimientos generosos; pues, dentro de pocos días ya no estará tal vez en mi poder, hacer nada por vosotros. Volved a la obediencia; algún día bendeciréis mi clemencia y mi nombre será citado en las oraciones de acción de gracias que dirigiréis a Dios, que quiere, sin duda, que este país se salve, que vuelva a ser dichoso y que yo sea el instrumento de su bondad."

Astucia impropia de los ingleses.

El día 24, a las cuatro de la tarde, una fragata procedente del sur, que aparentemente buscaba el puerto, cambió de rumbo a un cuarto de legua a barlovento de la punta Este de la rada (*), enarboló el pabellón francés, disparando

varios cañonazos y se situó atravesado. Esta maniobra llamó muy pronto la atención de los vecinos que se felicitaban ya de llegar al término de sus males; el contento era general y se manifestaba en todos los corazones por medio de las demostraciones más expansivas y más conmovedoras.

Dos botes, despachados por el gobierno con pilotos, se dirigieron a la fragata y no pudieron llegar a ella sino a las nueve de la noche.

25 de abril

Esperamos con impaciencia el momento en que la fragata anclara bajo la protección de los fuertes; pero la noche se pasó en una vana espera y nuestra esperanza se cambió muy pronto en sospecha sobre la perfidia, o al menos sobre la astucia impropia de los ingleses, por divertirse a expensas de nuestra confianza y de nuestra buena fé. Supimos, en efecto, al siguiente día, por la vuelta de los oficiales que habíamos enviado, que al llegar a bordo de la fragata la "Aurora", el capitán vino a recibirlos y a anunciarles que estaban a bordo de una fragata de S. M. Británica; que sin embargo, ellos no estaban prisioneros, y! que el único motivo que tenían era saber noticias de Santo Domingo. A pesar de los modales decorosos del capitán inglés y la recepción afable que hizo a esos señores, hay motivos para reprocharle haber provocado tan inconsideradamente la esperanza y la inquietud de una ciudad cuyos desgraciados vecinos daban, desde hacía más de seis meses el ejemplo de un valor y de una resistencia que debían imponer el aprecio y la admiración de sus enemigos mismos.

27 de abril.

Nueva fanfarronada de los ingleses.

El 27, día de San Jorge, a la misma hora, la fragata y dos bergantines, uno de los cuales llevaba el pabellón francés invertido, pasaron a vista del puerto. Esta fanfarronada, tan inconveniente como la broma del 24 fué atribuida al calor del vino de maderas en las libaciones hechas en honor de un santo que preside anualmente la intemperancia de un gran número de marinos ingleses.

Supimos después que el bergantín, fingido francés, había sido despachado de Londres para todos los puertos de las costas meridionales de Santo Domingo, sin distinción de Gobierno, y que se proponía entrar en Santo Domingo, cuando fué detenido por los buques ingleses, que, sin embargo, lo dejaron después en libertad.

(continuará)

(*) La punta Torrecilla.— Nota del Traductor.



A P E N D I C E

NOTA No. 65.

El Señor Kindelan, educado en Francia y que había protegido, por afecto, a los desgraciados franceses en Cuba, contra las vejaciones del pueblo de Santiago donde él mandaba, fué obligado, en el mes de Marzo de 1809, para no hacerse sospechoso a los españoles, a dictar una proclama tendiente a la expulsión de esos infortunados habitantes, cuya mayor parte salió para los Estados Unidos.

NOTA No. 66.

El capitán Brouard, que tendría, sin duda, sus razones para no aprovecharse de la dichosa oportunidad que se le presentó el 9 de marzo, contribuyó eficazmente el 14 de abril a haber entrar en el puerto el buque del Señor Fleuri, saliendo a la cabeza de una escuadra de botes armados, que atacó durante la noche, las lanchas cañoneras inglesas y las obligó a abandonar la rada que ellas tenían estrechamente bloqueada.

NOTA No. 67.

Don Agustín Franco tenía por enemigo a Marcos Torres y a Polanco. Estos dos jefes, celosos de la estimación con que lo distinguía el General Ferrand, y que habían fracasado en las varias tentativas que habían hecho para derrocarlo, no esperaban sino una ocasión favorable para satisfacer su odio y su venganza. Aprovecharon con prontitud el momento de la revolución del 10 de Agosto y lo hicieron arrestar.

NOTA No. 68.

La estancia de Gallara ha sido desde la llegada del ejército francés un teatro de guerra y de combates, sin ofrecer ninguna ventaja real por su posición. Ella servía de campamento al ejército español, que bajo las órdenes de Don Juan Barón, hizo una diversión en favor del general Kerversau, cuando la expedición de Santo Domingo.

Dessalines estableció allí su cuartel general durante el sitio de Santo Domingo; y durante el último bloqueo de esta ciudad, los españoles se acamparon allí y fueron desalojados tres veces por los franceses.

NOTA No. 69.

Molina, uno de los jefes más valerosos de los insurrectos, mandaba esta tropa. Fué declarado incapaz de servir en el ejército y enviado a su casa por haberse dejado sorprender y haber comprometido la vida de esos dozcientos hombres.

NOTA No. 70.

Ciriaco Ramírez, rival y competidor de Sánchez, había sido hábilmente alejado por este último, en los comienzos de la guerra. Fué llamado en esa época, para restablecer la confianza entre las tropas. Su estatura gigantézca, una voz terrible y un carácter feroz, le habían dado un gran ascendiente sobre los habitantes de la parte del Oeste, donde era muy temido. Si él hubie-

ra sido tan amado como era temido, su llamada hubiera expuesto al país a una guerra civil inevitable, pero Sánchez poseía entonces, exclusivamente, el amor y la confianza de todos los habitantes reunidos.

NOTA No. 71.

Es sumamente peligroso confiar la defensa de las colonias a extranjeros, siempre dispuestos a sacrificar la nación que les paga a aquella que quiere pagarles más.

En las posesiones lejanas, es necesario tropas nacionales, animadas de un mismo espíritu, guiadas por el mismo interés, sobre quienes, el gusto del cambio, los atractivos de la seducción, no puedan nada. Había entre los piemonteses y los españoles una identidad de costumbres, de idioma y de carácter, que parecía confundirlos unos con otros.

En vano el General Ferrand, que preveía los peligros de esos cuerpos mercenarios, los había mezclado en los diferentes cuerpos, para neutralizar los efectos de sus peligrosas disposiciones; ellos llegaron siempre a reunirse, y a entenderse para hacer el mal; y un pequeño número quedó fiel a las banderas del imperio.

NOTA No. 72.

Los ingleses tuvieron constantemente correspondencias secretas con los españoles de la ciudad. Ellos eran prevenidos con toda exactitud de la partida y del regreso de nuestros buques, sin que nunca se llegaran a conocer los autores de esas traiciones.

NOTA No. 73.

Existen en la Habana tres partidos muy distintos: los independientes, los partidarios de Fernando VII y los que desean seguir la suerte de la metrópoli: este último es el que tiene más consistencia, porque está compuesto de los propietarios ricos y de los hombres más inteligentes y más razonables del país.

En Jamaica, los negros, arrastrados por el ejemplo de la revolución de las colonias vecinas, formaron el complot, en el mes de mayo de 1809, de derrocar el gobierno. Su proyecto estaba a punto de ejecutarse, cuando fué denunciado por uno de los conjurados. Las medidas más rigurosas detuvieron el efecto de estas peligrosas fermentaciones, pero dejaron subsistir las materias volcánicas cuya explosión está desgraciadamente talvez, demasiado próxima.

La insolencia de los negros y de los mulatos libres, la licencia de los esclavos, el descontento de los judíos, que son allí muy numerosos, la apatía del gobierno, la poca unión y armonía de las autoridades, las mismas leyes locales que contribuyen a aumentar en vez de disminuir las pretensiones de las diferentes clases cuyo interés es revolucionar, un terror secreto y general entre los habitantes, todo anuncia en fin, la caída de esta colonia floreciente demasiado cerca de Santo Domingo, para no sentirse las sacudidas violentas que esta última isla ha experimentado; a menos que la paz continental, no venga pronto a oponer un dique a ese torrente destructor que amenaza arrastrarlo todo.

